

ROSARIO CASTELLANOS

# Mujer que sabe latín...



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

A LO LARGO de la historia (la historia es el archivo de los hechos cumplidos por el hombre, y todo lo que queda fuera de él pertenece al reino de la conjetura, de la fábula, de la leyenda, de la mentira) la mujer ha sido, más que un fenómeno de la naturaleza, más que un componente de la sociedad, más que una criatura humana, un mito.

Simone de Beauvoir afirma que el mito implica siempre un sujeto que proyecta sus esperanzas y sus temores hacia el cielo de lo trascendente. En el caso que nos ocupa, el hombre convierte a lo femenino en un receptáculo de estados de ánimo contradictorios y lo coloca en un más allá en el que se nos muestra una figura, si bien variable en sus formas, monótona en su significado. Y el proceso mitificador, que es acumulativo, alcanza a cubrir sus invenciones de una densidad tan opaca, las aloja en niveles tan profundos de la conciencia y en estratos tan remotos del pasado, que impide la contemplación libre y directa del objeto, el conocimiento claro del ser al que ha sustituido y usurpado.

El creador y espectador del mito ya no ven en la mujer a alguien de carne y hueso, con ciertas características biológicas, fisiológicas y psicológicas; menos aún perciben en ella las cualidades de una persona que se les semeja en dignidad aunque se diferencia en conducta, sino que advierten sólo la encarnación de algún principio, generalmente maléfico, fundamentalmente antagónico.

Si nos remontamos a las teogonías primitivas que tratan de explicarse el surgimiento, la existencia y la estructura del universo, encontraremos dos fuerzas que, más que complementarse en una colaboración armoniosa, se oponen en una lucha en que la conciencia, la voluntad, el espíritu, lo masculino, en fin, subyugan a lo femenino, que es pasividad inmanente, que es inercia.

Sol que vivifica y mar que acoge su dádiva; viento que esparce la semilla y tierra que se abre para la germinación; mundo que impone el orden sobre el caos; forma que rescata de su inanidad a la materia, el conflicto se resuelve indefectiblemente con el triunfo del hombre.

Pero el triunfo, para ser absoluto, requeriría la abolición de su contrario. Como esa exigencia no ocurre, el vencedor —que posa su planta sobre la cerviz del enemigo derribado— siente, en cada latido, una amenaza; en cada gesto, una inminencia de fuga; en cada ademán, una tentativa de sublevación.

Y el miedo engendra nuevos delirios monstruosos. Sueños en que el mar devora al sol en la hora del crepúsculo; en que la tierra se nutre de desperdicios y de cadáveres; en que el caos se desencadena liberando un enorme impulso orgiástico que excita la licencia de los elementos, que desata los poderes de la aniquilación, que confiere el cetro de la plenitud a las tinieblas de la nada.

El temor engendra, a un tiempo, actos propiciatorios hacia lo que los suscita y violencia en su contra.

Así, la mujer, a lo largo de los siglos, ha sido elevada al altar de las deidades y ha aspirado el incienso de los devotos. Cuando no se la encierra en el gineceo, en el harén a compartir con sus semejantes el yugo de la esclavitud; cuando no se la confina en el patio de las impuras; cuando no se la marca con el sello de las prostitutas; cuando no se la doblega con el fardo de la servidumbre; cuando no se la expulsa de la congregación religiosa, del ágora política, del aula universitaria.

Esta ambivalencia de las actitudes masculinas no es más que superficial y aparente. Si la examinamos bien, hallaremos una indivisible y constante unidad de propósitos que se manifiesta enmascarada de tan múltiples maneras.

Supongamos, por ejemplo, que se exalta a la mujer por su belleza. No olvidemos, entonces, que la belleza es un ideal que compone y que impone el hombre y que, por extraña coincidencia, corresponde a una serie de requisitos que, al satisfacerse, convierten a la mujer que los encarna en una inválida, si es que no queremos exagerar declarando, de un modo mucho más aproximado a la verdad, que en una cosa.

Son feos, se declara, los pies grandes y vigorosos. Pero sirven para caminar, para mantenerse en posición erecta. En un hombre los pies grandes y

vigorosos son más que admisibles: son obligatorios. Pero ¿en una mujer? Hasta nuestro más cursis trovadores locales se rinden ante “el pie chiquitito como un alfilerero”. Con ese pie (que para que no adquiriera su volumen normal se vendaba en la China de los mandarines y no se sometía a ningún tipo de ejercicio en el resto del mundo civilizado) no se va a ninguna parte. Que es de lo que se trataba, evidentemente.

La mujer bella se extiende en un sofá, exhibiendo uno de los atributos de su belleza, los pequeños pies, a la admiración masculina, exponiéndolos a su deseo. Están calzados por un zapato que algún fulminante dictador de la moda ha decretado como expresión de la elegancia y que posee todas las características con las que se define a un instrumento de tortura. En su parte más ancha aprieta hasta la estrangulación; en su extremo delantero termina en una punta inverosímil a la que los dedos tienen que someterse; el talón se prolonga merced a un agudo estilete que no proporciona la base de sustentación suficiente para el cuerpo, que hace precario el equilibrio, fácil la caída, imposible la caminata. ¿Pero quién, si no las sufragistas, se atreve a usar unos zapatos cómodos, que respeten las leyes de la anatomía? Por eso las sufragistas, en justo castigo, son unánimemente ridiculizadas.

Hay pueblos, como el árabe, como el holandés, como algunos latinoamericanos, que no conceden el título de hermosa sino a la obesa. El tipo de alimentación, el sedentarismo de las costumbres permiten merecer ese título. A costa, claro es, de la salud, de la facilidad para desplazarse y de la desenvoltura para moverse. Torpe, pronta a la fatiga, la mujer degenera de la mollicie a la parálisis.

Pero hay otros métodos más sutiles e igualmente eficaces de reducirla a la ineptitud: los que quisieran transformar a la mujer en espíritu puro.

Mientras ese espíritu no hace compañía a los ángeles en el empíreo, está alojado, ay, en la cárcel del cuerpo. Mas para que la pesadumbre de ese estado transitorio no abata a su víctima hay que procurar que el cuerpo sea lo más frágil, lo más vulnerable, lo más inexistente posible.

No todas tienen la etérea condición que se les supone. Y entonces es preciso disimular la abundancia de carne con fajas asfixiantes; es preciso eliminarla con dietas extenuadoras. Sexo débil, por fin, la mujer es incapaz de recoger un pañuelo que se le cae, de reabrir un libro que se le cierra, de recorrer los visillos de la ventana al través de la cual contempla el mundo. Su energía se le agota en mostrarse a los ojos del varón que aplaude la cintura de avispa, las

ojeras (que si no las proporciona el insomnio ni la enfermedad las provoca la aplicación de la belladona), la palidez que revela a un alma suspirante por el cielo, el desmayo de quien no soporta el contacto con los hechos brutales de lo cotidiano.

Las uñas largas impiden el uso de las manos en el trabajo. Las complicaciones del peinado y el maquillaje absorben una enorme cantidad de tiempo y, para esplender, exigen un ámbito adecuado. El que protege contra los caprichos de la intemperie: la lluvia, que deshace el contorno de las cejas, tan cuidadosamente delineado con un lápiz; que borra el color de las mejillas, tan laboriosa, tan artísticamente aplicado; que degrada los lunares, distribuidos según una calculada estrategia, en irrisorias manchas arbitrarias; que exhibe las imperfecciones de la piel. El viento, que desordena los rizos, que irrita los ojos, que arremolina la ropa.

El hábitat de la mujer bella no es el campo, no es el aire libre, no es la naturaleza. Es el salón, el templo donde recibe los homenajes de sus fieles con la impavidez de un ídolo. Una impavidez que no puede siquiera mostrar la fisura de una sonrisa de vanidad complacida porque el arreglo del rostro se quebraría en mil arrugas reveladoras de la declinación de un astro sujeto, a pesar de todo, a los rigores y avatares de la temporalidad.

Antítesis de Pigmalión, el hombre no aspira, al través de la belleza, a convertir una estatua en un ser vivo, sino un ser vivo en una estatua.

¿Para qué? Para adorarla, aunque sea durante un plazo breve, según se nos dice. Pero también, según no se nos dice, para inmovilizarla, para convertirle en irrealizable todo proyecto de acción, para evitar riesgos.

La mujer, en estado de naturaleza, no pierde sus nexos con las potencias oscuras, irreductibles a la razón, indomeñables por la técnica, que todavía andan sueltas en el orbe, perturbando la lógica de los acontecimientos, desorganizando lo construido, caricaturizando lo sublime.

La mujer no sólo mantiene sus nexos con esas potencias oscuras: es una potencia oscura. Nada la hará cambiar de signo. Pero sí puede reducirla a la impotencia. Por lo pronto, y tal como lo hemos visto, en un plano estético. También, como veremos, en un plano ético.

Aparece y se maneja aquí el concepto de lo que Virginia Woolf llamaba "el hada del hogar", dechado en el que toda criatura femenina debe aspirar a convertirse.

La misma escritora inglesa la define y la describe así:

es extremadamente comprensiva, tiene un encanto inmenso y carece del menor egoísmo. Descuella en las artes difíciles de la vida familiar. Se sacrifica cotidianamente. Si hay pollo para la comida, ella se sirve del muslo. Se instala en el sitio preciso donde atraviesa una corriente de aire. En una palabra, está constituida de tal manera que no tiene nunca un pensamiento o un deseo propio sino que prefiere ceder a los pensamientos y deseos de los demás. Y, sobre todo —¿es indispensable decirlo?—, el hada del hogar es pura. Su pureza es considerada como su más alto mérito, sus rubores como su mayor gracia.

¿Qué connotación tiene la pureza en este caso? Desde luego es sinónimo de ignorancia. Una ignorancia radical, absoluta de todo lo que sucede en el mundo, pero en particular de los asuntos que se relacionan con “los hechos de la vida” como tan eufemísticamente se alude a los procesos de acoplamiento, reproducción y perpetuación de las especies sexuadas, entre ellas la humana. Pero más que nada, ignorancia de lo que es la mujer misma.

Se elabora entonces una moral muy rigurosa y muy compleja para preservar a la ignorancia femenina de cualquier posible contaminación. Mujer es un término que adquiere un matiz de obscenidad y por eso deberíamos de cesar de utilizarlo. Tenemos a nuestro alcance muchos otros más decentes: dama, señora, señorita y, ¿por qué no?, “hada del hogar”.

Una dama no conoce su cuerpo ni por referencias, ni al través del tacto, ni siquiera de vista. Una señora cuando se baña (si es que se baña) lo mantiene cubierto con alguna pudorosa túnica que es obstáculo de la limpieza y también de la perniciosa y vana curiosidad.

Monstruo de su laberinto, la señorita se extravía en los meandros de una intimidad caprichosa e imprevisible, regida por unos principios que “el otro” conoce hasta el punto de localizar y denominar con exactitud cada sitio, cada recodo, y de predicar la utilidad, sentido y limitaciones de cada forma.

La señorita se desplaza a tientas en una anatomía de la que tiene nociones equívocas y desemboca con sorpresa, con terror, con escándalo, en pasadizos oscuros, en sótanos cuyo nombre es secreto de “el otro”, y no acertada, no debe acertar ni con la figura que la contiene ni con el funcionamiento de lo que le sirve de habitáculo ni con la salida al campo abierto, a la luz, a la libertad.

Esta situación de confinamiento, que se llama por lo común inocencia o virginidad, es susceptible de prolongarse durante largos años y a veces durante una vida entera.

La osadía de indagar sobre sí misma; la necesidad de hacerse consciente acerca del significado de la propia existencia corporal o la inaudita pretensión de conferirle un significado a la propia existencia espiritual es duramente reprimida y castigada por el aparato social. Éste ha dictaminado, de una vez y para siempre, que la única actitud lícita de la feminidad es la espera.

Por eso desde que nace una mujer, la educación trabaja sobre el material dado para adaptarlo a su destino y convertirlo en un ente moralmente aceptable, es decir, socialmente útil. Así se le despoja de la espontaneidad para actuar; se le prohíbe la iniciativa de decidir; se le enseña a obedecer los mandamientos de una ética que le es absolutamente ajena y que no tiene más justificación ni fundamentación que la de servir a los intereses, a los propósitos y a los fines de los demás.

Sacrificada como Ifigenia en los altares patriarcales, la mujer tampoco muere: aguarda. La expectativa es la del tránsito de la potencia al acto; de la transformación de la libélula en mariposa, acontecimientos que no van a producirse por efecto de la mera paciencia.

A semejanza del ascetismo para los santos, que no es sino un requisito previo que no compromete a la gracia divina a operar recompensando, la paciencia no obliga al azar que dispensa o niega al agente, al principio activo y catalizador de los procesos naturales: el hombre.

Pero no un hombre cualquiera sino el ungido por el sacramento del matrimonio, gracias al cual el ciclo de desarrollo sublima su origen profano y alcanza la validez necesaria. Así, la posibilidad de plenitud, pecaminosa en condiciones que no sean las prescritas, se cumple en una atmósfera que la vuelve admisible y deseable.

Al través del mediador masculino la mujer averigua acerca de su cuerpo y de sus funciones, de su persona y de sus obligaciones todo lo que le conviene y nada más. A veces menos. Depende de la generosidad o de la destreza o de los conocimientos de los que disponga quien la hace cumplir los ritos de iniciación.

Mas, de una manera tácita o expresa, se le ofrece así la oportunidad de traspasar sus límites en un fenómeno que si no borra, al menos atenúa los signos negativos con los que estaba marcada; que colma sus carencias; que la in-

corpora, con carta de ciudadanía en toda regla, a los núcleos humanos. Ese fenómeno es la maternidad.

Si la maternidad no fuera más que una eclosión física, como entre los animales, sería anatema. Pero no es ni una eclosión física porque eso implicaría una euforia sin atenuantes que está muy lejos del espíritu que la sociedad ha imbuido en la perpetuación de la vida.

En el claustro materno está sucediendo un hecho misterioso, una especie de milagro que, como todos los milagros, suscita estupefacción; es presenciado por los asistentes y vivido por la protagonista, "con temor y temblor". Cuidado. Un movimiento brusco, una imprudencia, un antojo insatisfecho y el milagro no ocurrirá. Nueve interminables meses de reposo, de dependencia de los demás, de precauciones, de ritos, de tabúes. La preñez es una enfermedad cuyo desenlace es siempre catastrófico para quien la padece.

Parirás con dolor, sentencia la Biblia. Y si el dolor no surge espontáneamente, hay que forzarlo. Repitiendo las consejas tradicionales, rememorando ejemplos, preparando el ánimo para dar mayor cabida al sufrimiento, incitando al gemido, a la queja; alentándolos, solicitando su repetición paroxística hasta que interrumpe ese enorme grito que desgarrá más los tímpanos de los vecinos de lo que el recién nacido desgarrá las entrañas de la parturienta.

¿El precio está pagado? No por completo aún. Ahora el hijo va a ser el acreedor implacable. Su desamparo va a despertar la absoluta abnegación de la madre. Ella velará para que él duerma; se nutrirá para nutrir; se expondrá a la intemperie para abrigar.

Como por arte de magia, en la mujer se ha desarraigado el egoísmo que se suponía constitutivo de la especie humana. Con gozo inefable, se nos asegura, la madre se desvive por la prole. Ostenta las consecuentes deformaciones de su cuerpo con orgullo; se marchita sin melancolía; entrega lo que atesoraba sin pensar, oh no, ni por un momento, en la reciprocidad.

¡Loor a las cabecitas blancas! ¡Gloria eterna "a la que nos amó antes de conocernos"! Estatuas en las plazas, días consagrados a su celebración, etcétera, etcétera.

(A veces, como una mosca en la sopa, leemos en la página roja de un periódico que alguien —aquí un adecuado rasgarse de las vestiduras—, que un ser desnaturalizado ha cometido el crimen del filicidio. Pero es un caso teratológico que no pone en crisis ningún fundamento. Por el contrario, es la excepción que confirma la regla.)



Hemos mencionado la anulación de la mujer en el aspecto estético y en el ético. ¿Será necesario aludir al aspecto intelectual, tan obvio?

Si la ignorancia es una virtud, resultaría contradictorio que, por una parte, la sociedad la preconizara como obligatoria, y, por la otra, pusiera los medios para destruirla.

Lo fáctico se refuerza o se hace derivar de lo conceptual. El meollo de los argumentos es que las mujeres no reciben instrucción porque son incapaces de asimilarla.

Dejemos a un lado las diatribas, tan vulgarizadas, de Schopenhauer; los desahogos, tan esotéricos, de Weininger; la sospechosa ecuanimidad de Simmel, y citemos exclusivamente a Moebius, quien, con tenacidad germánica, organizó una impresionante suma de datos para probar científica, irrefutablemente, que la mujer es una "débil mental fisiológica".

No es tarea fácil explicar, se lamenta, en qué consiste la deficiencia mental. Es algo que equidista entre la imbecilidad y el estado normal, aunque para designar este último no disponemos de vocabulario apropiado.

En la vida común se usan dos términos contrapuestos: inteligente y estúpido. Es inteligente el que discierne bien (¿en relación con qué? Pero es una descortesía interrumpir su discurso). Al estúpido, por el contrario, le falta la capacidad de la crítica. Desde el punto de vista científico, lo que suele llamarse estupidez puede ser considerado tanto una anomalía morbosa como una enorme reducción de la aptitud del discernimiento.

Ahora bien, esa aptitud está ligada con las características corpóreas. Un cráneo pequeño encierra, evidentemente, un cerebro pequeño. Y el cráneo de la mujer es minúsculo.

No sólo el peso y el volumen son menores si los comparamos con los del cerebro masculino, sino también el número de circunvoluciones. Siempre, como una fatalidad. A veces con exageración. Rudinger (¿quién será ese ilustre señor?) encontró en una mujer bávara un tipo de cerebro semejante en todo al de las bestias.

Así, pues, ¿para qué gastar la pólvora en infiernitos y querer inculcar, donde es imposible y superfluo, la cultura?

Pero salta a la palestra M. A. de Neuville, otro señor tan ilustre como Rudinger, para contradecirlo haciendo un catálogo de los inventos que nuestra civilización debe al talento femenino:

Mlle. Auerbach fabrica un peine que hace llegar directamente el líquido al cuero cabelludo simplificando el trabajo del peluquero y de la doncella y permitiendo a los elegantes proveerse de peines de diferentes esencias; Mlle. Koller, pensando en los fumadores y en las damas que los imitan, idea una nueva envoltura para cigarrillos preparada con hojas de rosa comprimidas; Mlle. Doré descubre un aparato escénico nuevo para la danza serpentina ejecutada por un animal: perro, mono, oso; Mlle. Aernount, compadecida de los infortunados ciclistas que atropellan liebres en las calles mal empedradas, planea un sistema de velódromo casero; Mlle. Gronwald discurre la posibilidad de un mondadientes aromático y anti-séptico con capa superficial soluble; Mme. Hakin presenta una forma de atado para zuecos de caucho que evita la confusión y el descabalamiento de los pares; Mlle. Stroemer...

¡Basta! Coincidamos mejor con Luis Vives en que en la mujer nadie busca primores de ingenio, memoria o liberalidad. Porque si lo busca encuentra extravagancias como las que enumeramos antes o como las que están dispuestas, en cualquier momento, a llevar al cabo las feministas.

No vamos a dejarnos atrapar en la vieja trampa del intento de convertir, por un conjuro silogístico o mágico, al varón mutilado —que es la mujer según santo Tomás— en varón entero. Más bien vamos a insistir en otro problema. El de que, pese a todas las técnicas y tácticas y estrategias de domesticación usadas en todas las latitudes y en todas las épocas por todos los hombres, la mujer tiende siempre a ser mujer, a girar en su órbita propia, a regirse de acuerdo con un peculiar, intransferible, irrenunciable sistema de valores.

Con una fuerza a la que no doblega ninguna coerción; con una terquedad a la que no convence ningún alegato; con una persistencia que no disminuye ante ningún fracaso, la mujer rompe los modelos que la sociedad le propone y le impone para alcanzar su imagen auténtica y consumarse —y consumirse— en ella.

Para elegirse a sí misma y preferirse por encima de lo demás se necesita haber llegado, vital, emocional o reflexivamente a lo que Sartre llama una situación límite. Situación límite por su intensidad, su dramatismo, su desgarradora densidad metafísica.

Monjas que derriban las paredes de su celda como Sor Juana y *la Portuguesa*; doncellas que burlan a los guardianes de su castidad para asir el amor

como Melibea; enamoradas que saben que la abyección es una máscara del verdadero poderío y que el dominio es un disfraz de la incurable debilidad como Dorotea y Amelia; casadas a las que el aburrimiento lleva a la locura como Ana de Ozores, o al suicidio como Ana Karenina, después de pasar, infructuosamente, por el adulterio; casadas que con fría deliberación destruyen lo que las rodea y se destruyen a sí mismas porque nada les está vedado puesto que nada importa, como Hedda Gabler, como la marquesa de Marteuil; prostitutas generosas como *la Pintada*; ancianas a quienes los años no han añadido hipocresía como Celestina; amantes cuyo ímpetu sobrepasa su objeto como... como todas. Cada una a su manera y en sus circunstancias niega lo convencional, hace estremecerse los cimientos de lo establecido, para de cabeza las jerarquías y logra la realización de lo auténtico.

La hazaña de *convertirse en lo que se es* (hazaña de privilegiados sea el que sea su sexo y sus condiciones) exige no únicamente el descubrimiento de los rasgos esenciales bajo el acicate de la pasión, de la insatisfacción o del hastío sino sobre todo el rechazo de esas falsas imágenes que los falsos espejos ofrecen a la mujer en las cerradas galerías donde su vida transcurre.

Hacer trizas esa fácil compostura de las facciones y de las acciones; arrojar la fama para que hocen los cerdos; afirmarse como instancia suprema por encima de la desgracia, del desprecio y aun de la muerte, tal es la trayectoria que va desde la soledad más estricta hasta el total aniquilamiento.

Pero hubo un instante, hubo una decisión, hubo un acto en que la mujer alcanzó a conciliar su conducta con sus apetencias más secretas, con sus estructuras más verdaderas, con su última sustancia. Y en esa conciliación su existencia se insertó en el punto que le corresponde en el universo, evidenciándose como necesaria y resplandeciendo de sentido, de expresividad y de hermosura.

## La participación de la mujer mexicana en la educación formal

CRONOLÓGICAMENTE están distantes los tiempos en los que se discutía en los concilios teológicos si la mujer era una criatura dotada de alma o si debía colocársela en el nivel de los animales o de las plantas, de la pura materia, ansiosa de recibir la forma que sólo podía serle conferida al través del principio masculino.

La caridad cristiana hizo a la mujer la merced de concederle, al menos en teoría, una igualdad espiritual con el hombre y una susceptibilidad de salvación o de condenación a la vida eterna. Pero mientras durara la vida transitoria, en este valle de lágrimas, la mujer tendría que estar absolutamente sujeta (desde el punto de vista económico, intelectual y social) a quien fungía como cabeza de la familia, que no podía ser otro que el padre, el hermano, el esposo, el cuñado, el varón que por su edad, su saber y su gobierno poseyera la autoridad máxima dentro del núcleo familiar.

El ideal femenino de la cultura de Occidente (de la que —en gran parte— somos herederos) presenta una serie de constantes que se manifiestan a lo largo de los siglos y varían apenas con las latitudes que abarcan. La mujer fuerte, que aparece en las Sagradas Escrituras lo es por su pureza prenupcial, por su fidelidad al marido, por su devoción a los hijos, por su laboriosidad en la casa, por su cuidado y prudencia para administrar un patrimonio que ella no estaba capacitada para heredar y para poseer. Sus virtudes son la constancia, la lealtad, la paciencia, la castidad, la sumisión, la humildad, el recato, la abnegación, el espíritu de sacrificio, el regir todos sus actos por aquel precepto evangélico de que los últimos serán los primeros.

¿Qué diferencia hay entre esta mujer y la matrona romana? En ambas es también común el rechazo del lujo, de los entretenimientos y devaneos mundanos, las relaciones ni siquiera amistosas, mucho menos eróticas, con

gente del sexo contrario, y aun la familiaridad con gente del mismo sexo, salvo cuando existe un lazo de parentesco.

Durante el Medievo y el Renacimiento se continuaron y se fortalecieron tales tradiciones. Cuando Juan Luis Vives redacta su *Instrucción de la mujer cristiana* o fray Luis de León escribe y describe su visión utópica de *La perfecta casada* no encontramos ninguna novedad sustancial. El ámbito en el que transcurre la existencia femenina es el de la moral. Este hecho es el resultado de que a las mujeres se les haya reconocido que poseían alma. Lo que nunca se les había negado es que poseyeran lo obvio: el cuerpo. Así que el otro ámbito de desarrollo de la vida de la mujer será el biológico.

Animal enfermo, diagnostica san Pablo. Varón mutilado, decreta santo Tomás. La mujer es concebida como un receptáculo de humores que la tornan impura durante fechas determinadas del mes, fechas en las cuales está prohibido tener acceso a ella porque contagia su impureza a lo que toca: alimentos, ropa, personas. Escenario en el que va a cumplirse un proceso fascinante y asqueroso: el del embarazo. Durante esa larga época la mujer está como poseída de espíritus malignos que enmohecen los metales, que malogran las cosechas, que hacen mal de ojo a las bestias de carga, que pudren las conservas, que manchan lo que contemplan. Es por eso, más que por temor a un aborto, por lo que hay que mantener resguardada a la mujer que está gestando un hijo. Y cuando sobrevenga el parto será como el rayo del castigo divino y se entablará una lucha entre el hijo y la madre en la que la sabiduría de la naturaleza dictará el desenlace.

Pero cuando el desenlace no se produce de manera oportuna y ortodoxa y están en juego las dos vidas, la ley manda salvar la vida del niño y sacrificar la otra.

Y ¿por qué había de darse preferencia a un simple vehículo para la perpetuación de la especie y no a lo que tiene más valor: una persona? Porque es esto, personalidad, lo que aún no ha alcanzado la mujer. Pasivamente acepta convertirse en musa para lo que es preciso permanecer a distancia y guardar silencio. Y ser bella. Esto es, sujetarse a todos los caprichos de la moda, que unas veces la quiere obesa hasta el punto de no acertar a moverse, y otras esbelta hasta el punto de no poder ejecutar el más mínimo movimiento sin sufrir un desmayo, producido por su plausible debilidad y por la asfixia que le produce el corsé que la ciñe con ballenas de acero. Y el pie oprimido por el calzado minúsculo, y la cabeza agobiada por el peso de la peluca

que, en ocasiones, requiere un ayudante para ser sostenida. Parafraseando a Sor Juana, se podría decir que cabeza tan desnuda de noticias bien merecía estar tan cubierta de zarandajas.

¿Pero es que no hubo excepciones? Naturalmente que sí. Las indispensables para confirmar la regla. Y en el punto al que estamos refiriéndonos no se trataba de mujeres rebeldes sino de criaturas marginadas: las prostitutas que, si bien es cierto que no se encontraban bajo la potestad directa de ningún hombre, también es verdad que carecían de ningún amparo legal y que no disponían para defenderse más que de las armas que les proporcionara la seducción en la juventud y la astucia en la vejez. Armas que manejaban sin escrúpulos, a la desesperada, y con las que sólo lograron la victoria pírrica de sobrevivir en un ambiente que las rechazaba, las condenaba, las maldecía.

Y el otro extremo: las excepciones sublimes de las que estaban revestidas de majestad o que exhibían los estigmas de las santas. El halo de lo sobrenatural o el cetro del poder las colocaba más allá de las limitaciones de su sexo. ¡Pero fueron tan pocas que por ello resultan memorables!

Pero las otras, “la masa de perdición” que decía san Agustín, se conformaban con desempeñar, del modo más irreprochable posible, el papel que la sociedad les había asignado. Que era —además— el de las depositarias del honor masculino. La limpieza de un linaje dependía de la conducta de la esposa o de la hija, y ya no digamos la más insignificante veleidad sino la más leve sospecha de que el honor había sido mal guardado, ameritaba la punición de la muerte.

¿Qué ocurría con estas mujeres sometidas a exigencias tan altas y dueñas de los medios más precarios? Para preservar su virtud no se les enseñaba a discernir entre el bien y el mal, a reconocer el mal bajo las diferentes máscaras que adopta, ni se les instruía acerca de la mecánica de las pasiones para que adquirieran la posibilidad de manejarlas y dominarlas, sino que se las mantenía en la más absoluta ignorancia y sólo se les inculcaba la práctica de ciertas devociones religiosas, una práctica que no iba más allá de una mera repetición de frases desprovistas de significado y de gestos rituales y sin sentido. Ocurría que las mujeres, incapaces de comprender la razón de las exigencias que emanaban desde arriba ni de disponer de los medios para cumplirlas, tenían que simular continencia cuando lo que las devoraba era la lascivia; desasimiento cuando estaban desvanecidas por los embelecocos del

mundo; honestidad cuando lo único que maquinaban era burla y su piedad fingimiento y su obediencia cinismo.

Se ha acusado a las mujeres de hipócritas, y la acusación no es infundada. Pero la hipocresía es la respuesta que a sus opresores da el oprimido, que a los fuertes contestan los débiles, que los subordinados devuelven al amo. La hipocresía es la consecuencia de una situación, es un reflejo condicionado de defensa —como el cambio de color en el camaleón— cuando los peligros son muchos y las opciones son pocas.

Una situación. Hemos descrito a grandes rasgos la situación europea hasta los siglos xv y xvi. Traslademos ahora la acción al Nuevo Mundo, en el que se había desarrollado una serie de civilizaciones con sello severamente patriarcal y en el que la violencia del choque entre vencedores y vencidos llegó aun a presidir los ayuntamientos sexuales.

Recordemos que en la primera pareja de nuestros antecesores la Malinche fue entregada como esclava a Cortés y que él la usó según sus conveniencias y sus apetitos. Intérprete, madre de sus hijos, en los momentos turbulentos de la Conquista. Y después —para recompensar sus servicios y darle un rango dentro de la sociedad que estaba comenzando a integrarse— esposa de un soldado.

Porque Cortés tenía el ánimo generoso y quiso premiar de alguna manera a quien tan incondicionalmente se le había entregado y tan eficazmente lo había servido. Por desgracia, el ejemplo de Cortés no fue imitado con frecuencia. La concubina india fue tratada como un animal doméstico y, como él, desechada al llegar al punto de la inutilidad. En cuanto a los bastardos nacidos de ella, eran criados como siervos de la casa grande mientras la esposa, venida de más allá “de la mar salobre”, gozaba de los dudosos privilegios de la legitimidad y se iba aclimatando a estas tierras en donde el amo y señor era tan absoluto que llegaba a olvidar las fórmulas de cortesía y las precauciones de trato vigentes en la metrópoli y ella se veía obligada a descender del pedestal de dama (tan laboriosamente construido por las castellanas y los trovadores del siglo xiii) para convertirse en la fecunda paridora de quienes habrían de heredar las vastas encomiendas, los apellidos cada vez más largos, los títulos de nobleza, los proyectos que no alcanzaron a cumplirse en los términos de una generación, las ambiciones, los dominios, las riquezas, el poder.

Naturalmente que para cumplir con este cometido la mujer no necesitaba, como dijo el clásico, “elocuencia ni bien hablar, grandes primores de inge-

nio ni administración de ciudades, memoria o liberalidad". Basta un buen funcionamiento de las hormonas, una resistencia física suficiente y una salud que sería otro de los dones para transmitir.

Por eso es que nadie se ocupa ni se preocupa porque las mujeres estudien. Si acaso se les enseñan los rudimentos del alfabeto y cuando surge un monstruo, como lo es para su época y sus contemporáneos Sor Juana, no habrá manera ni de clasificarla ni de asimilarla ni de colocarla. Cuando, agotada la biblioteca de su abuelo, aspira a recibir la educación superior, piensa en disfrazarse de hombre para que se le abran las puertas de la Real y Pontificia Universidad, porque en sus claustros únicamente discurren graves doctores y se reúnen a discutir los problemas del ente y de la esencia y otros asuntos inaccesibles para quienes sólo han mostrado habilidad en el manejo de la rueca.

Las condiciones permanecen más o menos idénticas varios siglos más tarde, y cuando una conspiradora, doña Josefa Ortiz de Domínguez, quiere avisar al cura Hidalgo que han sido descubiertos, no puede manuscibir su recado porque no sabe. Y otra de nuestras heroínas de la Independencia, doña Leona Vicario, es tan ignorante a pesar de sus lecturas de autodidacta que, en cierta ocasión en que se ocupaba de faenas de la cocina y se hirió con un cuchillo en un dedo, quedó maravillada de que la sangre que manaba de la herida no hubiera sido azul sino roja, roja como la de la servidumbre que la ayudaba, roja como la de las esclavas que la servían.

Basta de anécdotas y de historia. Estamos en 1970\* y la instrucción primaria y aun la secundaria son obligatorias para todos los ciudadanos mexicanos y la mujer mexicana adquiere su carta de ciudadanía desde el 18 de enero de 1946.

En principio todos deben y pueden educarse. En la realidad las cosas tienen su más y su menos. En una familia el factor principal que determina la oportunidad de la educación, en los niveles elementales, de sus hijos, es el factor económico. Si los medios abundan no se discrimina en función del sexo de los educandos. Pero cuando es preciso elegir quién ha de aprender las primeras letras y las cuatro operaciones aritméticas porque le van a ser indispensables para abrirse paso en la vida, se elige a los varones. A las mujeres se les adiestra en las labores del hogar y se les prepara, como se ha hecho secularmente, para el matrimonio.

\* Año en que originalmente apareció este artículo.



Cuando el estudiante ha rebasado los límites de la escuela elemental, la familia es capaz de sacrificarse para proporcionar al varón una carrera que le permita ostentar un título universitario. Este sacrificio implica, en muchas ocasiones, que las mujeres quedarán recluidas en su casa, esperando la llegada del príncipe azul o, si se vive en un ambiente en que ya es usual la incorporación femenina a las actividades económicas nacionales, se les inscribe en academias en las cuales se les prepara, rápidamente, para desempeñar un puesto de secretaria, de contadora pública, de recepcionista, de cultora de belleza, etc. Un puesto que no exige muchos conocimientos y que por lo mismo no se paga con grandes sueldos. Un puesto que no implica grandes responsabilidades pero que también carece de perspectivas de mejoría. Un puesto que, aunque en ocasiones muy frecuentes se desempeña durante la vida entera, se asume desde el principio hasta el fin como si fuera provisional. Es una especie de “tentempié”; algo que se hace mientras la mujer encuentra quién la mantenga y quién acepte que dependa de él. Y es precisamente esta manera de asumir el trabajo la que le impide que se desarrolle en las mujeres que trabajan y que reciben un sueldo adquirir con ello un cierto grado de independencia, que aunque es real se experimenta como ficticio.

Sin embargo, las aulas universitarias se ven alegradas, como diría un cronista de sociales, con la presencia de bellas señoritas. Estamos lejos de los tiempos en que los maestros de medicina legal de la Facultad de Derecho se negaban a dictar su cátedra si en el auditorio había elementos femeninos porque les parecía delicado herir los castos oídos de las alumnas con los nombres de las partes pudendas del cuerpo humano o las descripciones de delitos que seguramente jamás habían imaginado.

Estamos lejos del momento en que Zoraida Pineda Campuzano era la primera y única mujer que asistía a los cursos de filosofía en Mascarones y esta extravagancia era vista con condescendencia por los profesores y con un poco de burla por sus compañeros, ante quienes ella exhibía siempre un atuendo irreprochable: sombrero y guantes para no permitirles que olvidaran su calidad de mujer decente, “a pesar de todo”.

No, ahora las estadísticas nos señalan que hay 4500 alumnas en la Escuela de Comercio y Administración de la Universidad Nacional Autónoma de México y en el resto de las instituciones privadas y las escuelas de altos estudios que existen en el país. La cifra es baja si consideramos la totalidad de la población y más aún si la comparamos con la cifra de los alumnos: 31 600.

La diferencia numérica entre unas y otros es de un 14%.\* Una diferencia que nadie se preocupa por abatir porque todavía no se ha desarraigado el prejuicio de que la mujer que estudia es una mala inversión para el Estado, cuando el Estado es el que costea la educación, y un despilfarro para la familia. Porque las estudiantes, o desertan a la mitad de la carrera, traspasadas por las flechas de Cupido, o no ejercen la profesión aunque hayan recibido el título que las faculta para ello, porque siguen prefiriendo el mucho más glorioso y todavía, en muchos sentidos, exclusivo, de esposa y madre. Aunque, desde luego, un título es un pararrayos en caso de divorcio o de viudez. Casos de desgracia, desde luego, por fortuna todavía excepcionales. Pero hay otro del que no se habla: el caso del marido que no se da abasto para el sostenimiento del hogar y que se niega a aceptar la ayuda de su compañera porque lo considera humillante. Y ¿a cuenta de qué tiene que trabajar cuando hay un hombre que la respalda? La mujer trabaja y contribuye al sostenimiento de la casa, y el marido hace como que no lo nota. Y para que no sufra mengua su autoridad, que es lo que está en juego, el marido exagera sus manifestaciones y se vuelve tiránico y agresivo. Y la mujer, que no ignora que es ella el detonador de tal violencia, soporta los malos tratos porque, en muchos modos, se siente acreedora a ellos.

Contemplemos este asunto ya no a la luz de la sagrada institución del matrimonio sino según el criterio de la empresa que ha contratado a la mujer. ¿En qué actitud se presenta la que aspira a ocupar el puesto que ha visto anunciado en los periódicos? En una actitud furtiva y vergonzante. No aspira a destacar por su eficiencia sino a pasar inadvertida por su insignificancia. ¡No vaya a ir alguno con el chisme a su familia y se le venga abajo el teatrillo! Y en cuanto a espíritu competitivo, ¡*vade retro*, Satanás! Todo hombre es la representación de la figura del padre, venerable siempre, o del esposo, digna del mayor respeto. Así que si se encuentran en una oficina el hombre y la mujer en paridad de condiciones y él tiene un despacho más ostentoso o un nombramiento más rimbombante, a ella le parece un fenómeno natural contra el que no hay que rebelarse. Si en la misma paridad de condiciones el hombre percibe una remuneración más elevada, eso es lo normal. Por algo es hombre y tiene a su cargo una familia que sostener, ¿no? Y si los casos

\* Para ser precisos, las alumnas representan 14% respecto de los alumnos; pero la diferencia entre unas y otros es realmente 75%. [N. de. E.]

delicados se le confían a él y no a ella, en el fondo del alma la mujer lo agradece. ¿Qué hubiera hecho con tal papa caliente entre las manos? Alterarse, padecer insomnio, volverse irritable... todo lo cual repercute en sus relaciones conyugales y las deteriora. Y ella, como dicen los versos inmortales del vate Díaz Mirón, nació como la paloma para el nido. Y como bien la aleccionó don Melchor Ocampo en su epístola, su misión es la de ser como un bálsamo que cura las heridas que el hombre sufre en su enfrentamiento diario de la vida.

Pero a veces la responsabilidad no puede delegarse en otro. Como en el caso del ejercicio de la medicina, actividad a la que se dedican en México 3 500 mujeres, según datos proporcionados por la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior, contra 19 500 médicos, lo que da un porcentaje de 18% de diferencia en los números.\*

Aunque no muy reciente, y quizá ya inaplicable a las circunstancias actuales, vale la pena recordar una obra dramática de María Luisa Ocampo: su título es *La virgen fuerte* y la protagonista es una mujer con un carácter sólido y con una vocación muy firme, cualidades ambas que la hacen vencer todos los obstáculos que se le oponen para lograr sus propósitos de consagrar su vida a la curación de los enfermos. Es una estudiante ejemplar y una profesional escrupulosa, lo cual le hace merecer la confianza de sus superiores, de sus colegas y de su clientela. Pero... el eterno pero: tiene un alma demasiado sensible en relación con los niños a los que atiende y no puede soportar ver sus sufrimientos. El clímax de la obra llega cuando la protagonista tiene que atender a un niño que sufre de dolores incoercibles e incurables. El espectáculo la trastorna de tal modo que, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo y olvidando el juramento de Hipócrates y todas las leyes divinas y humanas, aplica al doliente la eutanasia, lo que no sólo destruye su vida profesional sino también su existencia como persona porque los remordimientos la sobrepasan.

Claro que se trata de una ficción y de que cualquier semejanza con sucesos y personas reales es pura coincidencia. Pero no deja de ser digno de observarse un hecho: el conflicto latente o actual entre la potencia intelectual y las potencias afectivas de la mujer. En *La virgen fuerte* el conflicto surge desde el momento en que la protagonista renuncia a su vida amorosa para

\* Las mujeres representan 18% respecto de los hombres; la diferencia es 69%.

dedicarse al ejercicio de su profesión. La renuncia es aquí voluntaria, deliberada porque considera ambos extremos incompatibles. Pero ¿en cuántos casos la renuncia no es impuesta desde afuera por una sociedad que todavía no admite que el desarrollo de una serie de capacidades no va en detrimento de la práctica de una serie de rutinas? ¿En cuántos casos las mujeres no se atreven a cultivar un talento, a llevar hasta sus últimas consecuencias la pasión de aprender, por miedo a la soledad, al juicio adverso de quienes las rodean, al aislamiento, a la frustración sexual y social que todavía representa entre nosotros la soltería?

Porque no se elige ser soltera como una forma de vida sino que, la expresión ya lo dice, se queda uno soltera, esto es, se acepta pasivamente un destino que los demás nos imponen. Quedarse soltera significa que ningún hombre consideró a la susodicha digna de llevar su nombre ni de remendar sus calcetines. Significa no haber transitado jamás de un modo de ser superfluo y adjetivo a otro necesario y sustancial. Significa convertirse en el comodín de la familia. ¿Hay un enfermo que cuidar? Allí está fulanita, que como no tiene obligaciones fijas... ¿Hay una pareja ansiosa de divertirse y no halla a quién confiar sus retoños? Allí está fulanita, que hasta va a sentirse agradecida porque durante unas horas le proporcionen la ilusión de la maternidad y de la compañía que no tiene. ¿Hace falta dinero y fulanita lo gana o lo ha heredado? Pues que lo dé. ¿Con qué derecho va a gastarlo todo en sí misma cuando los demás, que sí están agobiados por *verdaderas* necesidades, lo requieren? Y ¿por qué las necesidades de los demás son verdaderas y las de la soltera son apenas caprichos? Porque lo que ella necesita lo necesita para sí misma y para nadie más y eso, en una mujer, no es lícito. Tiene que compartir, dar. Sólo justifica su existencia en función de la existencia de los demás.

Y si a la soltera le tocó en suerte estar sola, ¿por qué no disfrutar, al menos, de las ventajas de la soledad? De ninguna manera. Debe *arrimarse* (ésta es la palabra y nos evoca el refrán de que el muerto y el arrimado a los tres días apestan, lo que describe muy bien la calidad de esa condición). Debe arrimarse, decíamos, a un núcleo familiar cualquiera. Si faltan los padres, quedan los hermanos o los primos o los tíos. Ellos le proporcionan el respaldo que le falta, el respeto que no merece por sí misma, que no conquistará sean cuales sean sus hazañas.

¿No estoy refiriéndome al siglo XIX? ¿No estoy concretándome a las mujeres provincianas? No. Quizás estoy pasando por algunas salvedades que yo

quisiera que fueran muy abundantes, pero que mucho me temo que son más bien escasas. Si algunas mujeres logran liberarse de lo que Alfonsina Storni llamó “las tenazas dulces y a la vez enfriadas del patriarcado”, es porque en algunos sectores de nuestra sociedad, en algunos grupos urbanos, la familia comienza a desintegrarse. La mujer escapa aprovechando la desbandada general. Pero allí donde la familia guarda su cohesión y su fuerza no le queda a la mujer más alternativa que la rendición incondicional o que la ruptura completa.

Y una ruptura no se logra sin un gran gasto de energía, sin desgarramientos interiores que muchas veces marcan para siempre a quien los ha sufrido pero que siempre disminuyen, mientras se padecen, la capacidad de atención que debe dedicarse a los estudios, siempre merman la posibilidad de rendimiento que habrá de lograrse en el trabajo.

Podrá rebatírseme muy fácilmente citándome casos (ignoro si existen las estadísticas pero no me interesaría mucho conocerlas) de mujeres que han logrado conciliar su carrera con su matrimonio. Un milagro es precisamente la negación o la abolición momentánea de la ley natural. Pero sí hay una estadística recogida por María del Carmen Elu de Leñero que es muy ilustrativa en tanto que nos informa quién, de los dos miembros de la pareja, decide si la mujer trabaja o no; según los datos que proporciona la mujer, es el hombre el que en un 57% de veces permite o impide trabajar a la mujer. Según el hombre mismo es él quien en un 74% de veces permite o impide trabajar a su mujer.

Si los datos en sí ya son desoladores, no resulta menos deprimente esa discrepancia. ¿Quién de los dos se engaña respecto a la libertad de que disfruta y respecto a la autoridad que detenta? Tradicionalmente hasta ahora es el hombre el que ha sido engañado por la hipocresía femenina. Si esa tradición continúa vigente quiere decir que la oportunidad concedida a las mujeres de adquirir un adiestramiento, unos conocimientos, una cultura, en fin, no ha hecho variar sus actividades y no la ha vuelto ni más auténtica ni más responsable porque esa oportunidad y su aprovechamiento tampoco ha modificado de una manera esencial la situación de la mujer en la sociedad, situación que continúa siendo enajenada.

Lo cual no nos interesa como cuadro de costumbres (ya nos darán su testimonio los novelistas y los historiadores de esta época de transición), sino que nos preocupa en tanto que una mujer que no ha adquirido y no se reconoce ni le reconocen la categoría de persona será una deficiente profesionalista.

Y no importa que se nos diga que hay 2600 químicas y 2250 abogadas si su eficiencia está todavía en tela de juicio. Tanto es así que todavía el cliente sigue prefiriendo recurrir a los servicios de un profesionalista varón. ¿Cuántos confían la construcción de su casa a una de las 664 arquitectas que egresaron de nuestros planteles? Una casa es mucho dinero, muchos años de ilusiones y de privaciones como para permitir que los tire por la borda una señorita histérica o una señora obsesionada por las ausencias nocturnas de su marido. Además de que ninguna de las dos sabrá cómo lidiar con esa plebe que son los albañiles. No, en último caso, más vale un maestro de obras. Y la flamante arquitecta se quedará con su título colgado en un despacho vacío y acabará por asociarse con una firma en la que los que dan la cara son los hombres aunque ella sea la que haga el trabajo.

Pero estoy mintiendo, podría argüirme cualquiera de ustedes. ¿Por qué no cito los nombres, tan bien conocidos y famosos, de Ruth Rivera, de Ángela Alessio Robles, de María Lavalle Urbina? No porque no los conozca ni porque no los admire sino porque son casos aislados, aunque añadamos el de Ifigenia Navarrete y el de Ana María Flores. Cada una en su campo muestra, como el caso de Benito Juárez (un indio que llegó a escalar la más alta cumbre en el mundo de la política y a ocupar la presidencia de la República y a ser paradigma de patriotas y espejo de gobernantes), muestra, decíamos, la posibilidad pero no la costumbre establecida, la golondrina, no el verano.

Nos movemos en un círculo vicioso. Me figuro que muchas mujeres profesionistas se preguntarán, a la hora del balance, si habrá valido la pena afrontar tantas hostilidades, correr tantos riesgos, soportar tantas humillaciones para recoger tan exigua cosecha. Y la cosecha no aumentará mientras no aumente el prestigio de quien desempeña muy bien su oficio. Y el prestigio será un resultante de la eficacia y la eficacia depende en mucho del equilibrio interior. Un equilibrio interior que todo conspira a destruir.

Y sin embargo, hay que hacer algo por romper ese círculo. Lo más urgente es explorar la magnitud y la profundidad del problema. ¿Qué es lo que fundamentalmente impulsa a una mujer en México a salirse del molde tradicional y a buscar en la educación una vía para realizarse? ¿Hasta qué punto logra, por medio de la educación, la independencia económica? ¿Hasta qué punto acepta esa independencia como una conquista o la soporta como una culpa? ¿Hasta qué punto la independencia económica encuentra un correlato en la responsabilidad moral y en la autonomía social? Una mujer

preparada, como se dice, una mujer que aporta su ayuda para el sostenimiento del hogar paterno o conyugal, ¿recibe un trato semejante o distinto al de una mujer parasitaria? Si el trato es semejante, ¿cómo recibe esta injusticia? Si el trato es distinto, ¿es mejor o peor? Si el trato es peor, ¿lo acepta sin protestar? Si lo acepta sin protestar, ¿por qué? Si no lo acepta, ¿a qué se expone?

El cuestionario podría ser formulado con mucho más rigor, y por lo tanto con mucho más fruto, por un especialista en estas cuestiones. Yo sólo me guió por la intuición estética, por la observación de lo que ocurre en torno mío y por algunas experiencias en cabezas ajenas y en la propia. Nada más.

El cuestionario sería un primer paso dado en la dirección conveniente. Hasta ahora el grupo, demasiado reducido aún, de mujeres que complementaron su ciclo de educación superior, tiende a situarse en el lugar donde nació Sor Juana: Nepantla, la tierra de en medio, el lugar de la falta de ubicación. Hasta ahora ese grupo, demasiado reducido aún, de mujeres profesionistas tiende a considerarse como integrado por criaturas mutantes, criaturas que atraviesan ese momento de transición en que se tienen todas las desventajas de lo que se ha abandonado y no se alcanza aún la posesión plena de las ventajas de aquello hacia lo que se ha tendido.

¿No contribuiría a acelerar el tránsito, a disminuir el dolor, el tener una clara y exacta conciencia de cómo está ocurriendo lo que está ocurriendo? Vivir con lucidez lo que ahora únicamente se experimenta como malestar implicaría un cambio radical de actitud interna que se reflejaría inmediatamente en la conducta exterior.

Y difundir esta conciencia por todos los medios a nuestro alcance. Los hombres no son nuestros enemigos naturales, nuestros padres no son nuestros carceleros natos. Si se muestran accesibles al diálogo tenemos abundancia y variedad de razonamientos. Tienen que comprender, porque lo habrán sentido en carne propia, que nada esclaviza tanto como esclavizar, que nada produce una degradación mayor en uno mismo que la degradación que se pretende infligir a otro. Y que si se le da a la mujer el rango de persona que hasta ahora se le niega o se le escamotea, se enriquece y se vuelve más sólida la personalidad del donante.

Pero aún queda el rabo por desollar: lo más inerte, lo más inhumano, lo que se erige como depositario de valores eternos e invariables, lo sacralizado: las costumbres. La costumbre de una relación sadomasoquista entre el hombre y la mujer en cualquier contacto que establezcan. La costumbre de

que el hombre tenga que ser muy macho y la mujer muy abnegada. La complicidad entre el verdugo y la víctima, tan vieja que es imposible distinguir quién es quién.

Ante esto yo sugeriría una campaña; no arremeter contra las costumbres con la espada flamígera de la indignación ni con el trémolo lamentable del llanto sino poner en evidencia lo que tienen de ridículas, de obsoletas, de cursis y de imbéciles. Les aseguro que tenemos un material inagotable para la risa. ¡Y necesitamos tanto reír porque la risa es la forma más inmediata de la liberación de lo que nos oprime, del distanciamiento de lo que nos aprisiona!

Quitémosle, por ejemplo, la aureola al padre severo e intransigente y el pedestal a la madre dulce y tímida que se ofrece cada mañana para la ceremonia de la degollación propiciatoria. Los dos son personajes de una comedia ya irrepresentable y, además, han olvidado sus diálogos y los sustituyen por parlamentos sin sentido. Sus actitudes son absurdas porque el contexto en que surgieron se ha transformado y la gesticulación se produce en el vacío.

Quitémosle, por ejemplo, al novio formal ese aroma apetitoso que lo circunda. Se valúa muy alto y se vende muy caro. Su precio es la nulificación de su pareja y quiere esa nulificación porque él es una nulidad. Y dos nulidades juntas suman exactamente cero y procrean una serie interminable de ceros.

Quitémosle al vestido blanco y a la corona de azahares ese nimbo glorioso que los circunda. Son símbolos de algo muy tangible y que deberíamos de conocer muy bien, puesto que tiene su alojamiento en nuestro cuerpo: la virginidad. ¿Por qué la preservamos y cómo? ¿Interviene en ello una elección libre o es sólo para seguir la corriente de opinión? Tengamos el valor de decir que somos vírgenes porque se nos da la real gana, porque así nos conviene para fines ulteriores o porque no hemos encontrado la manera de dejar de serlo. O que no lo somos porque así lo decidimos y contamos con una colaboración adecuada. Pero, por favor, no sigamos enmascarando nuestra responsabilidad en abstracciones que nos son absolutamente ajenas como lo que llamamos virtud, castidad o pureza y de lo que no tenemos ninguna vivencia auténtica.

La maternidad no es, de ninguna manera, la vía rápida para la santificación. Es un fenómeno que podemos regir a voluntad. Y sepamos, antes de tener los hijos, que no nos pertenecen y que no tenemos derecho a convertirlos en los chivos expiatorios de todas nuestras frustraciones y carencias sino la obligación de emanciparlos lo más pronto posible de nuestra tutela.



Y en cuanto a los maridos, no son ni el milagro de san Antonio ni el monstruo de la laguna negra. Son seres humanos, lo cual es mucho más difícil de admitir, de reconocer y de soportar que esos otros fantasmas que nos hacen caer de rodillas por la gratitud o que nos echan a temblar por el miedo. Seres humanos a quienes nuestra inferioridad les perjudica tanto o más que a nosotras, para quienes nuestra ignorancia o irresponsabilidad es un lastre que los hunde. Y que para escapar de una condición que no aguantan y que no modifican porque no la entienden se dan, como lo proclaman nuestras más populares canciones, a la bebida y a la perdición... cuando no desaparecen del mapa.

Pero basta de color local. Quedamos en un punto: formar conciencia, despertar el espíritu crítico, difundirlo, contagiarlo. No aceptar ningún dogma sino hasta ver si es capaz de resistir un buen chiste.

Por lo demás, estamos apostando sobre seguro. De nada vale aferrarse a las tablas de un navío que naufragó hace muchos años. El nuevo mundo, en el que hemos de habitar y que legaremos a las generaciones que nos sucedan, exigirá el esfuerzo y la colaboración de todos. Y entre esos todos está la mujer que posee una potencialidad de energía para el trabajo con la que ya cuentan los sociólogos que saben lo que traen entre manos y que planifican nuestro desarrollo. Y a quienes, naturalmente, no vamos a hacer quedar mal.

## La mujer ante el espejo: cinco autobiografías

LA MUJER, según definición de los clásicos, es un varón mutilado. Pero no obstante lo que este concepto indica de fealdad intrínseca y extrínseca, de parálisis en el desarrollo, de despojo violento, no ha habido mujer que haya desperdiciado la oportunidad de contemplar su imagen reflejada en cuantos espejos le depara su suerte. Y cuando el cristal de las aguas se enturbia y los ojos del hombre enamorado se cierran y las letanías de los poetas se agotan y la lira enmudece, aún queda un recurso: construir la imagen propia, autorretratarse, redactar el alegato de la defensa, exhibir la prueba de descargo, hacer un testamento a la posteridad (para darle lo que se tuvo pero ante todo para hacer constar aquello de lo que se careció), evocar su vida.

El modo de la evocación cambia con las épocas. Santa Teresa, santa al fin, al fin española, al fin espíritu de la Contrarreforma, apela a la obediencia para que le sea lícito hablar de esa “puerta del infierno” que, a la manera de ver de la patrística, era su cuerpo de muchacha hermosa, sus manos aliñadas y finas, su “cuello, cabello, labio y frente” en los que se gozaba su vanidad y se posaba la mirada concupiscente de los otros. Hasta que la gracia la señaló e hizo que aquella “fermosa cobertura” hablara otro lenguaje que el de las mentirosas apariencias: el lenguaje del dolor insoportable, el de las llagas y la invalidez, vía estrecha para llegar a un punto en el que se accede a lo inefable.

De los coloquios con la divinidad vuelve inflamada de celo apostólico para realizar una tarea muy concreta y muy precisa: insuflar en la orden carmelita el fervor primitivo. Lo sublime se manifestará en actos menudos que Teresa recoge por lo que contienen: “Dios anda en los pucheros”. ¿Cómo iba a alejarse de él su sierva? Tras su reja de clausura se le hace patente lo que siglos más tarde iba a formular Valéry: que del mayor rigor nace la mayor libertad.

La ejemplaridad de Sor Juana es tan sospechosa ante el criterio de sus superiores que primero le hubieran prohibido que mandado que consignara su historia. Pero ella aprovecha la coyuntura de una reprimenda para escribir un alegato a su favor.

El de Sor Juana no es camino de santidad sino método de conocimiento. Para conservar lúcida la mente renuncia a ciertos platillos que tienen fama de entorpecer el ingenio. Para castigar a su memoria por no retener con la celeridad debida los objetos que se le confían, se corta un pedazo de trenza. Sueña en disfrazarse de hombre para entrar en las aulas universitarias; intenta pasar, sin otro auxilio que el de la lógica, de la culinaria a la química. Desde su celda de encierro escucha las rondas infantiles y se pregunta por las leyes de la acústica. Desde su lecho de enferma, sin más horizonte que las vigas del techo, indaga los enigmas de la geometría. Lectora apasionada, aprende el alfabeto por interpósita persona y llega a su hora final reducida a la última desnudez: la de no poseer un solo libro.

Virginia Woolf hubiera hallado en esta figura un antecedente de su arquetípica Judith, posible hermana de Shakespeare, quizá dotada de genio como él pero sacrificada por la organización patriarcal de la sociedad, a la ignorancia, al ahorro, al matrimonio de conveniencia, a la maternidad obligatoria.

Virginia se indigna de este trato desigual *a posteriori*. Ella tiene lo que sus antecesores ambicionaron sin alcanzar: un cuarto propio, independencia económica, formación intelectual, respeto a su oficio de escritora. Cuanto habla de sí misma está en aptitud de prescindir de la anécdota y de buscar, más allá de la trabazón de los sucesos y de la capacidad de las cosas, el resplandor de la vida.

La vida, que no puede tener dos vertientes. Lo que da al arte se lo merma a la especie. La esterilidad física es el diezmo que Virginia Woolf paga a la justicia a cambio de un instante de beatitud en que el universo se revela a los ojos del contemplador como dotado de sentido, de orden, de transparencia y de belleza. El instante en que la totalidad se deja aprehender y traducir por la palabra poética.

Para Simone de Beauvoir la palabra es también prosa, es decir, signo para apuntar hacia la realidad, instrumento para orientarse en el mundo, paréntesis para aislar un objeto de todos los demás que lo circundan y reducirlo a sus notas esenciales. El lenguaje va a ser el medio gracias al cual ella, que era origina-

riamente amorfa —en tanto que “segundo sexo” en particular, en tanto que ser humano en general—, va a realizar la tarea de construir su existencia, va a arrostrar los riesgos de la libertad, va a experimentar la angustia de la elección de una conducta que, gratuita, aspira a convertirse en necesaria, aunque esta aspiración sea constantemente impedida por la conciencia vigilante. Así es como Simone, la “joven formal”, arriba al puerto de la vejez atravesada por el dardo de una gran pasión inútil, tan inútil como las otras: la pasión del verbo que es carne, que es acto, que es entendimiento y que perdurará como memoria.

Para Elena Croce la memoria es un ejercicio ingrato cuando todavía no alcanza a colocarse a la distancia suficiente de las cosas como para que las considere con ese desinterés, si acaso teñido de benevolencia, con que se considera lo que es ajeno, lo que no nos ha sido arrancado de las entrañas ni ha hundido sus raíces en nuestra voluntad.

Ella, que no supo nunca “dejarse vivir” porque la reflexión se adelantaba a la acción para estorbarla, para medirla calificándola, tiene que aprender a recordar con gracia, negándose, por principio, a constituirse en el núcleo del que dimanan los recuerdos. “Yo” es un pronombre que se evita para sustituirlo por una tercera persona más neutra, rozada en la superficie de sus declaraciones, no penetrada jamás en la intimidad de sus intenciones.

Porque la desconfianza de Elena Croce tiene “cierta dosis de puritanismo” gracias a la cual descubre que su historia está hecha no de esas peculiaridades prodigiosas que maravillaron la ingenuidad de nuestros abuelos sino de rasgos absolutamente genéricos, propios más que de una personalidad, de la moda imperante en una clase, del estilo de una tradición cultural, del tono de un momento del devenir de un país.

Así, Elena Croce va a definirse como un producto de la gran burguesía católico-liberal italiana que crece cuando comienza a respirarse el clima helador de 1930, cuando el culto a la originalidad que se extraía del más pobre individualismo estaba abriendo de par en par las puertas al colectivismo totalitario.

A la gente del “clan” de Elena Croce la sostenía esa seguridad de no equivocarse que sólo presta la educación inculta de la aristocracia; la animaba una amabilidad lo suficientemente despiadada como para permitirle suprimir su capacidad innata de ignorar al prójimo; y la exclusión de cualquier idea de que se pudiera llegar a ser alguien así como también cualquier necesidad de cimentarse con los otros.

Toda curiosidad, toda inclinación hacia algo no directamente relacionado con el "clan" era admitido como una especie de condescendencia, como un gesto de elegancia más bien superfluo. La actitud ante el arte, por ejemplo, era siempre la de un mecenas; ante la ciencia, la de una cortés atención; ante el sufrimiento humano, la de la Divina Providencia.

Respecto al pasado, nostalgia; respecto al porvenir, duda; y en el presente, fruición. Una fruición no disminuida por ningún escrúpulo acerca de su legitimidad, ni por el menor remordimiento por su abuso.

La *infancia dorada* debía prolongarse el mayor tiempo posible; la salud, ser frágil; la belleza, hereditaria; el carácter, despótico y arbitrario; la habilidad, moderada, y la inteligencia, de tal índole que pudiera hacerse perdonar por todos. ¿El trabajo? Es lo que los demás hacen. ¿El dinero? Es lo que uno tiene, lo que gasta, lo que regala, lo que atesora, lo que lega. ¿Y el amor? Un sarampión del que una experiencia basta para la inmunidad y deja a quien lo ha padecido apto para el matrimonio, para la vida que quizá no consista más que en oponer a los cambios de los siglos un apego casi mineral a la estabilidad.

## NATALIA GINZBURG: la conciencia del oficio

LA NARRADORA italiana contemporánea Natalia Ginzburg ha sido traducida por primera vez al español por José López Pacheco y dada a conocer al público en un volumen de la colección Alianza Editorial, que lleva como título *Las pequeñas virtudes* y que recoge, más que una serie de relatos, una variedad de imágenes y de reflexiones sobre lo que la autora ha experimentado entrañablemente en sus viajes, en su existencia cotidiana, en su trabajo literario.

Es este último punto el que solicita con mayor frecuencia y con mayor profundidad su atención. Porque la literatura surge en el seno de unas circunstancias tan absolutamente normales que, a primera vista, carece no sólo de explicación sino de justificación. Y luego va adaptándose con tal facilidad y de un modo tan hábil a los cambios —el paso de la infancia a la adolescencia y de la adolescencia a la madurez; el tránsito de una felicidad tranquila de familia pequeño burguesa a la catástrofe de la segunda Guerra Mundial; el surgimiento, casi volcánico, del instinto de la maternidad en Natalia—, que la literatura tiene que ser admitida primero como una costumbre, tomada en serio después como una forma de vida y practicada con todas las consecuencias que implica una vocación que acaba por ser lo que da sentido a lo demás: normas a la conducta, urdimbre al pasado, espina dorsal al presente y cauces al futuro.

Pero sentirse vocado para el cumplimiento de una misión (de la índole que sea) no equivale forzosamente a sentirse importante. Al contrario. Invita más a sentirse temeroso, anhelante, preocupado por la incertidumbre de no acertar con los medios indispensables para realizar el propósito, siempre nebuloso y siempre ambiguo. El miedo de carecer de la destreza necesaria para darles el uso debido.

¿No recuerda usted cómo representaron los pintores del Renacimiento italiano a la Virgen María en el instante en que el Arcángel Gabriel profiere la Anunciación? En su rostro de mujer, que ignoraba hasta entonces la magni-

tud de su destino, hay pasmo más que alegría o que orgullo; hay espanto, no vanagloria; hay, incluso, un leve rictus de desagrado, un apenas perceptible movimiento de retroceso.

Es el lado humano, demasiado humano, de nuestra naturaleza, que se defiende de lo que Saint-John Perse llamó “la intrusión de un dios”. Un dios que, a fin de cuentas, no es más que un cuerpo extraño, inasimilable al nuestro, una semilla que se implanta hoy con apariencia insignificante, pero que va a crecer, día a día, a nuestras expensas y alcanzará su plenitud a costa de nuestra extinción.

Pero ¿cuánto tiempo tarda uno en averiguar cómo se desarrolla este proceso? Eso es variable en cada paso, pero mientras el término sea más breve y la lucidez más completa menos angustioso parecerá el fenómeno a quien lo padece.

Tal es el caso de Natalia Ginzburg, que declara: “Mi oficio es escribir y yo lo conozco bien y desde hace muchos años. Confío en que no se me entenderá mal; no sé nada sobre el valor de lo que puedo escribir. Sé que escribir es mi oficio”.

He aquí una distinción, una primera distinción que es indispensable para el conocimiento abstracto y que es muy útil para la práctica literaria: la distinción que separa la aptitud para una tarea del mérito de sus resultados.

Porque, en efecto, de lo único de lo que el escritor puede estar cierto es de que cuenta con las posibilidades de la escritura y, una vez que esas posibilidades se han plasmado en realizaciones, de que ha producido un objeto que guarda una serie de coincidencias con la imagen que de él se había forjado en su mente; un objeto que, de alguna manera, cumple con las condiciones que se le habían exigido en un plano ideal; un objeto que responde a una serie de urgencias expresivas que quedan, así, provisionalmente y sólo provisionalmente, resueltas.

Pero ¿cómo valorar a ese objeto? La autocrítica se deja extraviar, de muy buena gana, por la conformidad y por el halago, aparte de que casi siempre está desprovista de los elementos indispensables para el juicio. Y en cuanto a la crítica —que posee distancia, perspectiva, términos de comparación adecuados y hasta una teoría estética coherente— no está respaldada por ninguna garantía de infalibilidad.

Porque, así como no hay enfermedades sino enfermos, así tampoco hay crítica sino críticos. Y los críticos suelen alterarse con suma facilidad: por la

simpatía o la antipatía hacia una persona o hacia una obra; por la opinión emitida por un crítico rival; por la adhesión a un grupo semejante o antagónico al grupo al que se supone que pertenece el autor; por el mal funcionamiento de su aparato digestivo la mañana determinada en que ha redactado su sentencia; por la envidia; por la generosidad; por el sentimiento de culpa; por el complejo de frustración. En resumen, por todas las pasiones que mueven y conmueven al hombre y le impiden lo que Platón llamaría la contemplación pura y sin mezcla de las esencias.

Por lo que se refiere al éxito o al fracaso de un libro, ¿quién lo decide? Una serie de factores que guardan muy escasa relación con la literatura y su escala axiológica. La oportunidad con la que el libro aparece, por ejemplo. Un mes antes habría sido prematuro; un mes después habría resultado tardío; la habilidad de la propaganda que lo anuncie; una portada atractiva; una edición limpia y agradable; un tamaño que no cueste el menor esfuerzo manejar; un precio que no desequilibre el presupuesto de la semana... y hasta su colocación en un estante accesible de la librería.

Queda, por último, el lector, esa hipótesis de trabajo de quienes escriben, esa *x* siempre sin despejar. ¿Qué quiere? ¿Que lo diviertan? ¿Que lo hagan pensar? ¿Que le hagan creer que lo están haciendo pensar? ¿Que lo instruyan? ¿Que lo ayuden a evadirse de sus circunstancias? ¿Que lo auxilien en sus tentativas de tomar conciencia de sus circunstancias? ¿Que lo inciten a olvidarse de sí o a comprenderse? ¿Que lo ilusionen o que lo desengañen? ¿Que estimulen su ambición o que lo inclinen al renunciamiento? ¿Que lo eleven o que lo rebajen?

Cada lector es una respuesta particular y cada lector es diferente ante cada libro. Si el escritor piensa en complacer a la masa de lectores dará un signo inequívoco de la fragilidad de sus facultades mentales.

No. Lo único firme, seguro, invariable, es el amor al oficio. Oficio del que nos enamoramos precisamente porque nos seduce con su rostro más amable: escribir es, en sus inicios, algo tan divertido como un juego. Pero cuando el juego se prolonga lo suficiente se nos muestra su verdadera sustancia: se trata de un asunto serio que, como todos los asuntos serios, fatiga.

Es mala señal —observa Natalia Ginzburg— si uno no se cansa. Uno no puede esperar escribir algo importante, así, a la ligera, como con una mano, alegremente, sin molestarse apenas. No se puede salir del paso



como si tal cosa. Uno, cuando escribe algo serio, se mete hasta los ojos; y si tiene sentimientos muy fuertes, que inquietan su corazón, si es muy feliz o muy infeliz, digamos, por alguna razón, digamos, terrestre, que no tiene nada que ver con lo que está escribiendo, entonces si lo que escribe vale y es digno de vivir, cualquier otro sentimiento se adormece en él. No puede esperar conservar intacta y fresca su cara felicidad o su cara infelicidad; todo se aleja y se desvanece y se queda solo con la página; ninguna felicidad y ninguna infelicidad puede sustituir en él que no esté estrictamente ligada con esta página suya; no posee otra cosa y no pertenece a nada más, y si no le sucede así, entonces su página no vale nada.

El carro de fuego que arrebató a Ezequiel. Pero Ezequiel no es cualquier hijo de vecino; Ezequiel es Cervantes, es Goethe, es Tolstoi, es Thomas Mann, es Kafka, es Faulkner, es un genio. Pero nosotros, la gente menuda, estamos a salvo de semejantes raptos y peligros.

Pero no nos apresuremos a suspirar de alivio porque, insiste Natalia Ginzburg, el arte no hace acepción de personas. Pequeños o grandes, geniales o mediocres, el oficio de escritor trata a quienes le sirven, como lo que *él* es: como un amo.

Un amo capaz de darnos de latigazos hasta que nos salga sangre, un amo que grita y nos condena. Nosotros tenemos que tragar saliva y apretar los dientes... y obedecerlo. Obedecerlo cuando él nos lo pide. Entonces nos ayuda a vencer la locura y el delirio, la desesperanza y la fiebre. Pero quiere ser él el que mande y se niega siempre a oírnos cuando lo necesitamos.

## “Por sus máscaras los conoceréis...”

KAREN BLIXEN - ISAK DINESEN

“¿DE DÓNDE ha sacado usted la peregrina idea, señor cardenal —pregunta miss Malin a su interlocutor, Hamilcar von Schestedt, mientras ambos afrontan, en el precario refugio de un granero, la catástrofe de *The Deluge at Norderney*—, la peregrina idea de que Dios quiere la verdad sobre nosotros? ¿Para qué habría de quererla si ya la conoce y aun ha de parecerle ligeramente aburrida? La verdad es para los sastres y para los zapateros.” Lo que agrada a la divinidad son las máscaras, el disfraz, las sorpresas que deparan las apariencias con sus metamorfosis incesantes. Sorpresas que no advertimos porque estamos demasiado absortos respondiendo a los apremios de lo inmediato, entorpecidos por la rutina de lo cotidiano. La revelación que nos asombra no se produce más que por medio de la poesía, más que por el uso de la imaginación que “no debe temer el absurdo ni retroceder ante lo fantástico y que, puesta a elegir entre las alternativas de un dilema, ha de inclinarse hacia la solución más difícil por inaudita”.

He aquí el credo artístico de la baronesa Karen Blixen quien, aunque de origen danés, escribió en la lengua de Shakespeare “por lealtad al idioma de su amante difunto” y que para ocultar su identidad (esa trampa en la que caemos al nacer, esa cárcel en la que nos dejamos encerrar, esa esclavitud contra la que no atinamos a sublevarnos) se escudó tras un seudónimo en el que se mezcla una figura bíblica con uno de sus apellidos de soltera: Isak Dinesen.

El nombre es masculino, y si esto es una pista, es una pista falsa, porque lo que se nos está proponiendo descifrar es el significado etimológico de la palabra. Isak es “el que ríe”. Y no es capaz de reír más que el que guarda su ligereza de espíritu porque no se ha uncido a ningún dogma, el que preserva su libertad de juicio, el que permanece al margen de los acontecimientos y se cuida de no mezclarse ni confundirse con lo que le es ajeno. La risa, premio que Dios concede a un buen chiste (y no hay que olvidar que los mejores

chistes son los que hace el diablo), exige una especie de distanciamiento, lo mismo que exige la contemplación de la belleza.

Esto lo sabía Isak Dinesen desde los veinte años, que es cuando redacta sus primeros cuentos, aunque no haya empezado a practicar la literatura como una profesión más que veinte años más tarde. La rechazó al principio pero acaba por resignarse a ella porque no sabe hacer, para ganarse la vida, “más que cocinar... y acaso escribir”.

La cocina la había aprendido en París para complacer a sus amigos y la narración fue una habilidad que tuvo que desarrollar para entretener a los indígenas de la hacienda de café que durante diecisiete años poseyó en África. Jornadas largas y áridas junto al esposo con el cual se casó porque era hermano gemelo del hombre del que estaba enamorada. Jornadas largas y áridas en espera de la llegada de su amante “quien se asemejaba al rey árabe que al sentirse inquieto se complacía con la perspectiva de escuchar una historia”.

La hacienda se arruina; el esposo se divorcia; el amante muere. Karen Blixen vuelve a Dinamarca despojada de todo, excepto de la certidumbre de que era una narradora. Que le interesa el asunto del relato tanto como la manera de relatarlo. Porque el mundo está lleno de sucesos y también nuestra experiencia. Lo que le falta a esos sucesos es la forma que sólo puede darles el escritor.

La forma cumple una función que trasciende el mero hecho de proporcionar placer estético: libera al hombre de sus limitaciones, lo incorpora a la totalidad creada, lo convierte en un instrumento de la voluntad divina y lo inserta en sus planes. Porque Dios, declara el glorioso poeta Monto en *The Roads Round Pisa*, nunca pretendió poblar la tierra con criaturas tan deleznable como nosotros sino dar existencia a Odiseo, a Hamlet, a don Quijote. La humanidad es la materia prima sobre la que ha de operar el artista, causa eficiente, herramienta para modelar la estatua que, una vez terminada, habita esa eternidad que es la patria de los seres imaginarios y a la cual nuestro modo de realidad nos veda el acceso.

Pero entonces, ¿cómo nos es lícito vivir? Sólo sabiendo que la vida no es más que una representación teatral, descubriendo qué papel se nos ha asignado y tratando de desempeñarlo de manera que las intenciones del autor se pongan de manifiesto con claridad.

Y lo mismo que el teatro, ninguno de los papeles que se nos confía es definitivo porque Dios ama el cambio. Es el hombre el que suspira por la

inmutabilidad y la permanencia y el que, cuando logra instaurarlas, traiciona el proyecto universal, se coloca fuera de la ley y se destruye. Esto no lo ignora Donna Pellegrina Leoni, diva de la ópera italiana, protagonista de *The Dreamers*, quien al perder la voz y abandonar el escenario encarna otros personajes fuera de él: es Olalla, la cortesana de Roma; es madame Lola, que oculta la conspiración política en la que se compromete tras un taller de modas; es Rosalba, la viuda virgen del revolucionario español Zumalacárregui. Con tales acciones salva el abismo entre la grandeza de su ánimo y la mezquindad de sus circunstancias.

¿Y los que no conocen la virtud salvadora de la ficción? ¿Y los que ni siquiera tienen la capacidad del consejero Mathiesen, quien descubre, en el momento de su agonía, que ha logrado penetrar dentro del círculo mágico de lo poético “fuera del cual no se encuentra ninguna inmortalidad satisfactoria”? Milagrosamente su carne, su sangre, sus sueños se han transustanciado en una idea en la mente de Goethe y han ingresado en el ámbito de “sus trabajos de armonía profundos pensamientos y orden indestructible”. ¿Qué ha de temerse allí? ¿Acaso el autor está sujeto a la equivocación? Imposible. Esta confianza reconcilia al consejero Mathiesen con su destino y colma el texto de *The Poet* de una inalterable beatitud.

Pero, insistimos, ¿y los otros, lo que llamaba el filósofo cristiano “la masa de perdición”? A los otros les queda el recurso de las normas de conducta en las que la tradición ha resuelto, impecablemente, el problema del comportamiento ante una situación determinada. Los hombres disponen de una colección de dechados que deben repetirse, de modelos que han de imitarse, de actitudes que sirven de ejemplo. Todo lo cual se engloba en un nombre genérico: etiqueta. La etiqueta se transmite por medio de la enseñanza y se asimila por el ejercicio y la práctica que cristaliza en hábitos, con lo que se sustituye la espontaneidad de la índole por la adquisición y elaboración de un estilo.

Es el estilo el que rige hasta en los niveles más profundos y más serios de la experiencia y los despoja de ese peso con que carga todo lo que toca el corazón y los convierte en cuestión de elegancia. Estar muerto, por ejemplo, “se considera más *comme il faut* que estar vivo”. Lo que, con una lógica brutal e inmediata, nos conduciría al suicidio. Pero hay una manera distinguida de suicidarse, sin trastornar a los demás, sin ofrecer un espectáculo desagradable. Esa manera es soñar. Por otra parte, si es preciso envejecer hay que

hacerlo con gracia y no olvidar la reverencia antes del mutis final. Pero mientras consintamos en vivir, hagámonos perdonar esta flaqueza con un temperamento melancólico.

Tales disciplinas —arduas, inflexibles y exquisitas— se imponen para negar lo dado. Y son tan eficaces que en el reino de lo natural un fantasma (como el que ocupa gran parte de las páginas de *The Supper at Elsinore*) no obstante ninguna cualidad esencialmente diferente de quienes todavía no han pasado por el tránsito mortal. Y en el reino de lo sobrenatural permite calificar de reprobable una costumbre divina, una falta de tacto que aun a los niños se les aconseja evitar y que consiste en exhibir algo que todavía está a medio hacer. ¿Y qué otra cosa ha hecho Dios siempre con su universo sino mostrarlo inconcluso?

Tales disciplinas negadoras guardan coherencia entre sí pero no se apoyan en ninguna necesidad fáctica sino que surgen de lo arbitrario y no aspiran a mayor validez que a la de una regla de juego, construcción a la que Alexandre Kojève ha llamado esnobismo en estado puro, que es lo que resplandece en *Seven Gothic Tales* y lo que da a su prosa, a sus anécdotas, a sus personajes, ese aire de aristocracia, de nobleza (en el otro sentido del término), de cultura, de artificio, de privilegio; ese ritmo ceremonioso en el que cada gesto es un triunfo sobre el espacio: ese desdén con que la inteligencia y la sensibilidad pesan y contrapesan la adversidad y la dicha; esa delicadeza (a la que se sacrificó Rimbaud) que obliga a continuar rindiendo homenaje a los ídolos cuyos pies de barro finge no ver.

## SIMONE WEIL: la que permanece en los umbrales

¿QUIÉN es Simone Weil? Su fama no se parece a esas llamaradas súbitas que se apagan con la misma rapidez con que se encendieron. Su nombre se ha filtrado con lentitud en los cenáculos intelectuales más exigentes hasta llegar a convertirse en sinónimo de condición genial, de virtud heroica y de trayectoria humana tan alta cuyo único desenlace digno tenía que ser el sacrificio supremo.

Nacida en el año de 1909 en un barrio parisién, hija de un matrimonio judío, Simone confesaba sentir la impresión de haberse criado en el seno del cristianismo. No porque sus padres se hubiesen preocupado por darle una educación religiosa (eran bastante tibios en este aspecto), sino porque la concepción de la vida en ella se derivaba, espontáneamente, de los postulados evangélicos: la caridad para con el prójimo, a la que daba el título de justicia; el espíritu de pobreza, la conformidad con los designios divinos y la esperanza “de que cuando se desea pan no se reciben piedras”.

A los catorce años Simone cayó “en una de esas desesperaciones sin fondo de la adolescencia” y pensó seriamente en morir “a causa de la mediocridad de sus facultades naturales”, que se hacían más notorias al compararse con las dotes extraordinarias de su hermano, que tuvo “una infancia y una juventud semejantes a las de Pascal”.

Y no es, aclara Simone en un texto autobiográfico, que envidiase los éxitos exteriores del otro sino que lamentaba no poder entrar en ese “reino trascendente al que sólo tienen acceso los hombres auténticamente grandes y donde habita la verdad, la belleza y toda especie de bien”.

La muchacha se salvó de la crisis gracias a un descubrimiento: el de que cualquier persona, aun cuando sus disposiciones propias sean casi nulas, es capaz de experimentar la vivencia de los mismos valores que intuye el talento más privilegiado, a condición de hacer “perpetuamente un esfuerzo de

atención para alcanzarlos”. Los estudios escolares no deben tender hacia otro fin más que al de formar y desarrollar la atención, esa fijeza de la mirada espiritual en un objeto hasta que se asimila a nuestro entendimiento; ese modo de asediar un problema hasta que va iluminándose, hablando, entregando su secreto. La atención consiste en suspender el pensamiento, dejarlo en disponibilidad, vacío y penetrable. Cerca de él, pero colocado en un nivel inferior y sin contacto con las potencias intelectivas, permanecen los diversos conocimientos adquiridos que es necesario utilizar.

Este trance, que recuerda tanto el de los artistas —que reconocen con el nombre de inspiración—, no es un mero producto del azar. Puede convertirse en un hábito si sabemos adiestrar nuestras facultades en las disciplinas que impone la escuela. Animada por tal certidumbre, Simone Weil se inscribió en el liceo y aplicóse tanto que a la edad de quince años daba fin a su bachillerato en letras con la mención “bien”.

Atraída por los estudios filosóficos se hizo discípula de Alain, quien supo aquilatar sus méritos y encauzarlos aunque más tarde no ejerciera una influencia visible en su pensamiento.

Simone egresa de la Escuela Normal Superior en 1928 y se dedica, hasta 1932, al ejercicio de su profesión de maestra. A partir de entonces comienza la etapa de las grandes revelaciones espirituales. Abandona una carrera en la que no podía esperar más que triunfos, renuncia a una posición económica y social muy favorable “para vivir plenamente una experiencia de la condición obrera”. A los talleres automovilísticos Renault se refiere su *Diario de fábrica* que, según afirma uno de sus críticos, no puede ser leído sin que nuestra conformidad de burgueses vegetantes se transforme en fecunda vergüenza.

Las privaciones padecidas durante ese tiempo minaron la salud de la Weil. Un principio de tuberculosis la obliga a retornar a su antiguo puesto en el Colegio de Señoritas de Bourges. Pero apenas se recupera y ya se prepara a partir. Esta vez a Barcelona, pues quiere participar en la guerra de España.

Estuvo en el frente, compartiendo con los republicanos sus vicisitudes. La explosión de una lámpara de gasolina le quema los pies, obligándola a volver a su patria donde la enfermedad la postra durante meses.

En 1941 Simone establece amistad con un sacerdote dominico, el padre Perrin. A solicitud suya lee ante un grupo de monjes sus investigaciones sobre Platón y los pitagóricos.

Más tarde reside en una granja de Gustave Thibon. Allí desempeña un trabajo manual en los campos, ayudando a recoger la cosecha, y en las viñas, en los meses de la vendimia. Tareas tan agobiadoras, y más para una constitución delicada, herida ya de muerte, no impiden a Simone continuar sus meditaciones acerca de la filosofía griega e hindú; amplía y profundiza sus conocimientos del sánscrito y se orienta irrevocablemente ya hacia la mística.

El padre Perrin quiso atraer aquella inteligencia excepcional, aquella caridad llameante al seno de la Iglesia. Pero Simone Weil rechazó siempre traspasar los umbrales, recibir el bautismo, porque al quedarse afuera, unida “a la masa inmensa y desdichada de los no creyentes”, hacía de sí misma un cordero de expiación.

Se propuso entonces el cumplimiento de “una obligación tan estricta cuyo descuido equivaldría a una traición: mostrar a la gente la posibilidad de un cristianismo verdaderamente encarnado”.

Al estallar la segunda Guerra Mundial y ser invadida Francia por los alemanes se implantaron en el territorio conquistado las persecuciones de los nazis a los judíos. Simone Weil huye en compañía de su familia. Se refugian en Casablanca de donde, tras breve lapso, se dirigen a Nueva York. Allí Simone se hace cargo de un trabajo del gobierno de la resistencia encabezado por el general De Gaulle. Su quehacer la lleva a Londres y allí redacta una memoria sobre “Los deberes y derechos recíprocos o conjuntos del Estado y del hombre”.

Las privaciones, el exceso de trabajo, acaban por agobiar aquella salud que desde tantos años antes había mostrado su quebranto. En 1943 internan a Simone en un hospital londinense y los médicos prescriben sobrealimentación. La paciente se niega a obedecer y se atiene estrictamente a las raciones impuestas a los judíos en la zona dominada por Alemania.

La enfermedad evoluciona a un punto de gravedad extrema. De nada iba a servir que trasladaran a Simone a un sanatorio en el condado de Kent. Lo que se intentó fue inútil y Simone Weil muere el 24 de agosto de 1943.

Sus cuadernos de apuntes, confiados a la custodia de los amigos, empiezan a difundirse y a estudiarse; sus cartas se atesoran, se descifra hasta el más insignificante de sus manuscritos. Se forma, en fin, una bibliografía: *La pesanteur et la grace* es una colección de fragmentos cuyo eje lo constituye su preocupación fundamental: la presencia, la ausencia de Dios en el mundo, sus manifestaciones en las criaturas. *Attente de Dieu* recoge su corresponden-



cia con el padre Perrin y sus reflexiones acerca de la relación que guarda el alma con la divinidad. Aparte de ese delicado análisis del fenómeno de la atención en sus *Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares para el amor de Dios* aparece en estas páginas un concepto central: el de la desgracia que es el sufrimiento físico, pero, además, la degradación social y el desarraigo de la vida.

La desgracia endurece y desespera porque imprime, hasta el fondo del alma, como un hierro al rojo, el desprecio, el disgusto y la repulsión de sí mismo, esa sensación de culpabilidad y de mancha que el crimen debiera lógicamente producir y no produce. El mal mora en el alma del criminal sin ser sentido. Es sentido en el alma del inocente desgraciado.

Todo el desprecio, todo el odio, toda la repulsión que nuestra razón asocia al crimen, nuestra sensibilidad lo confiere a la desgracia [...] Por eso la compasión para los desgraciados es una imposibilidad. Cuando realmente se produce es un milagro más sorprendente que la marcha sobre las aguas, la curación de los enfermos y aun la resurrección de un muerto.

Esta ley, tan infalible como la de la gravedad, es la que encadena a los hombres en las más variadas formas de la opresión; la que mantiene el orden de las sociedades, la que mueve la historia. En esa ley penetran las “raíces del existir” y de ella se sustentan. No basta la inteligencia humana para negarla ni su voluntad para destruirla. Es indispensable la operación de la gracia divina para restituírnos a nuestro ser originario.

## ELSA TRIOLET: la corriente de la historia

UNO RECIBE su vida para hacerla. Elige una figura que va desarrollándose en cada acto, en cada abstención, en cada propósito. Y se sienta, en las noches, a descansar en el sillón que ha tomado, poco a poco, la forma del cuerpo que lo usa; y tiene a la mano el libro preferido y escucha los rumores familiares de la casa: la marmita que hierva en la cocina, las risas secretas de los niños, los pasos que van, afanosos, fatigados, de una habitación a otra.

Hoy es un día en que se continúa el ayer y mañana... mañana terminaremos de leer este capítulo, reanudaremos la amistad que hemos estado descuidando, haremos nuevos proyectos, pondremos nuestra esperanza en un billete de lotería, viajaremos, encontraremos el gran amor, realizaremos la gran aventura. Pero mientras llega el momento privilegiado, durmamos. La casa nos protege: los muros son sólidos, las puertas seguras; las ventanas suficientes para que entre la luz cuando amanezca.

Pero lo que entra con el amanecer es también una noticia: la guerra ha estallado. Otros hombres, a quienes nunca hemos visto, con los que jamás hemos hablado, tomaron la rienda de nuestra vida entre sus manos y ahora deciden por nosotros. Tenemos que interrumpir nuestros hábitos, que suspender nuestros planes. El presente ya no es más que una sucesión de órdenes ajenas que es preciso cumplir; y el futuro se abre como una gran interrogación a la que ninguno responde. ¿Qué ha pasado? Es la historia que nos arrastra, confundiendo nuestra individualidad con la de todos los otros, asimilando nuestro destino al de la humanidad.

Juliette Noel, aunque criatura imaginaria, puesto que aspira a representar la realidad, no tiene por qué ser la excepción. Su autora, Elsa Triolet, la pinta con colores tenues. Y parece tan joven, tan frágil, tan insignificante que quizá podría pasar inadvertida y seguir permaneciendo al margen. Pero tiene tan poco que oponer al desencadenamiento de las fuerzas europeas en 1942

que antes de que ella y de que nosotros alcancemos a darnos cuenta ya está en el ojo de la tempestad. Deja tras de sí una existencia regulada por las obligaciones de su trabajo de dactilógrafa en una oficina y limitada al mimo de una tía solterona y de un pequeño huérfano catalán que han adoptado entre las dos. ¿Proposiciones de matrimonio? Sí, alguna no mayormente interesante. Y también proposiciones menos lícitas. Pero los hombres no preocupan todavía a Juliette que se reserva en una especie de ensueño del que va a despertarle brutalmente la llamada a la defensa de su patria cuando ha caído en manos de los invasores alemanes.

Sin aspavientos, sin declamaciones altisonantes, sigilosamente, sin anunciarlo ni anunciárselo, Juliette ha entrado a formar parte de la red de acción de la Resistencia. Sirve de agente de enlace entre los organizadores, lleva mensajes cifrados de los que dependen cientos de vidas, el éxito de las maniobras, la posibilidad de aguardar hasta que vengan los aliados a dar la batalla decisiva.

¿Quién lo hubiera sospechado de alguien tan modesto, cuyo temperamento es tranquilo y rutinario? ¿Quién podría sospecharlo ahora cuando pide alojamiento en un hotel de provincia y presenta una falsa carta de identidad? ¿Cuando visita una granja y se hace amiga de los ancianos cuyos relatos ya nadie escucha con atención? ¿Cuando, en los trenes, oye sin inmutarse las noticias de una redada hecha por los nazis, de una masacre, de la destrucción de un pueblo, del fusilamiento de un héroe?

Es por eso que los jefes solicitan su ayuda con cada vez mayor frecuencia y cada vez para cumplir cometidos más delicados. Uno de ellos la lleva a Aviñón donde Juliette se encuentra con algo que también va a sobrepasarla: con la historia perpetuada en las tradiciones, transfigurada por la leyenda.

*L'aria, l'acqua, la terra é d'amor piena...* El amor te aprisiona entre los muros de mi ciudad... Aviñón, la loca, villa santa, villa satánica, vocada a los milagros y a los sortilegios, a la Virgen, a Venus, a los demonios, abrasada por el fuego de los verdugos y por las fiestas nocturnas... la pereza, la despreocupación, las mujeres más bellas, adorables mujeres galantes, gentiles hombres... he aquí que el amor bate sus alas, es el amor sagrado, el amor eterno... Los conventos se cierran sobre las mujeres que renuncian al mundo... Verás lo que es la magia de Aviñón. ¿En qué otra ciudad

encontrarías, sobre un muro, una inscripción que glorifique el nacimiento de un amor, como ésta, de un gran hombre: *Aquí, Petrarca concibió por Laura un amor sublime que los hizo inmortales...* Y no creas que Aviñón sucumbe al peso de la historia; esta ciudad está tejida de leyendas y cada día añade un hilo. Aquí cada uno es Petrarca y cada una es Laura... ¡Cuántas parejas inmortales en las calles de esta ciudad mística y galante... Y ahora, ahora nos lo ha arrebatado todo, hasta nuestros sueños de amor... El mundo ya no está lleno de parejas, separadas, de amor desgarrado, desgarrador...

El amor, más fuerte que la muerte. Irreductible dentro de estos muros donde alentó el espíritu trovadoresco, donde hace siglos un grupo de hombres y de mujeres hizo la historia: inventó el culto a otro ser hasta elevarlo a la categoría de único, insustituible, digno de todos los homenajes y de una fidelidad que no teme a la separación, que desafía a la ausencia, que sobrevive a la desgracia.

Pero ahora

entre el hambre, el revólver, la prisión, ¿dónde resguardar al amor? Se venga de nosotros, escapa, lo hemos perdido. Yo iría, tú irías descalzo en la nieve para ayudar a escapar a un camarada desconocido del peligro. Se mata. Se mata a los traidores. No hay la menor fisura en el corazón donde tenga cabida otro amor que el que nos inspiran los soldados de la Resistencia. Hombres extenuados de heroísmo, sin brillo, sin espuelas, sin fanfarrias, extenuados de privaciones, de falta de ilusión, del odio del enemigo y de los traidores...

El amor se esconde en Aviñón y une con un vínculo intangible y por ello mismo imposible de romper a Juliette y a Celestin. Compañeros de lucha, cómplices, se encuentran y los traspasa la flecha que hirió a Petrarca y a tantos otros.

Pero el encuentro es breve. Apenas tienen tiempo de mirarse, de reconocerse como se reconoce lo que nos es más entrañable, de decir unas cuantas palabras.

No, no son juramentos, no son promesas, no son bellas frases líricas. Es la confesión de un crimen (¡no importa! ¡No importa! El vínculo no se ha roto), la confidencia de una cobardía, de temor, de temores.

Están cercados. En torno suyo se derrumban las catedrales, estallan las fábricas, se borran los puntos del mapa. Nadie tiene derecho a un momento de tregua; nadie tiene derecho a menoscabar su integridad empeñada en la lucha... Y el amor no se conforma con las migajas del banquete: su parte es todo.

Juliette y Celestin se separan y no puede ayudarlos la memoria porque es un lujo de ociosos, porque es un pasatiempo de pacíficos. Pero tampoco los auxilia el olvido. Siguen siendo los que fueron cuando estaban juntos. Sólo hay en el interior de cada uno un hueco, un vacío que tal vez ni siquiera acertarían a nombrar.

El caudal de la sangre de Juliette y Celestin no se mezcla sin mezclarse también con el torrente que viene avanzando de siglo en siglo, rompiendo los obstáculos que se le oponen, modelando con lentitud la configuración de la piedra. Ese torrente de hechos que se agrupan en constelaciones a las que se llama de un modo o de otro pero que es siempre búsqueda de la libertad.

En la historia el pasado no queda abolido sino que se hace presente. Pero hay épocas, y cada época tiene su signo. La nuestra no podría ser marcada por la A mayúscula de Aviñón sino por la A de los campos de exterminio de Auschwitz. Juliette y Celestin no pueden, aunque quisieran, traicionar su momento. Y no quieren. Son demasiado conscientes de lo que significa vivir y de lo que hace falta para merecer el título de seres humanos.

Elsa Triolet narra la aventura y desventura de *Los amantes de Aviñón* sin traicionar la fuerza que los atrae ni desconocer las fuerzas que los apartan. Y hay en cada página de la novela un difícil equilibrio entre la belleza y el horror, entre el riesgo y la felicidad, entre la rigidez del destino y el soplo, apenas sensible, del albedrío.

## VIOLETTE LEDUC: la literatura como vía de legitimación

NACER es un acto que no elegimos, que los demás nos imponen haciéndonos así un instrumento de su voluntad. Pero ¿cuando esa voluntad no ha existido?, ¿cuando, todavía más, ha sido contrariada? Entonces nuestro nacimiento es el resultado del azar, es el ejemplo de la más pura gratuidad.

Nacer por azar es nacer fuera de la ley, es encarnar una de las que Francis Jeanson llama “figuras del bastardo”, el portador de la desgracia ajena, la herida visible, la deshonra divulgada, la culpa que no halla —aunque busque en cada objeto, en cada palabra, en cada hecho— la posibilidad de su expiación.

Y puesto que desde el principio la vida del bastardo se desarrolla en el terreno prohibido, puesto que carece de justificaciones, la vivirá en la cruz de la contradicción. Por una parte le está permitida toda licencia y todo pecado porque “es la infracción de las reglas”. Por la otra se esforzará en superar los límites que se le han marcado y en llegar a convertirse en una criatura no sólo aceptable, no sólo aceptada sino algo más: en una criatura necesaria.

Tal es el caso, que ella misma reconoce como no único, de Violette Leduc, para quien su madre no reserva nada del afecto que le inspiró su amante. Un amor

valiente, orgulloso, salvaje. El amor de la vida... Lo perdono, repetía una vez y otra. Él estaba enfermo, dependía de su familia, temía a sus parientes. Cuando *esto* ocurrió, me dijo: júrame que abandonarás el pueblo, mi pequeña, júrame que te alejarás. Ella juró, ella se hubiera arrastrado a sus pies porque se consideraba indigna. Él enviaba su ropa de lino para que fuera lavada en Inglaterra, pero su alma era un poco más ordinaria. Cobarde, perezoso, bueno para nada. Mi espejo, madre, mi espejo. ¡No, yo no quiero la parte que me corresponde, yo rechazo mi herencia! Dios, déjame escribir una bella frase, sólo una: cobarde, perezoso, bueno para nada.

Si la madre se veía a sí misma como una víctima y a su seductor como una deidad, la mirada que volvía hacia su hija era menos conmisericordiosa y menos fascinada. Es un ojo que calcula el peso, la salud, la belleza del cuerpo que, a pesar de la intimidad compartida durante la preñez, es el cuerpo de una extraña con el que se ha roto el cordón umbilical. El peso, la salud, la belleza podrían ayudar a que se perdonara a esta criatura. Y como si ella percibiera cuáles son las condiciones para que se establezca su filiación se empeña, con toda su capacidad, con todas sus fuerzas, en no cumplirlas. “Mi infancia entera fue una larga repulsa de la comida. Cada vez era un drama. No tienes hambre. Deberías tener hambre. Has de tener hambre. Si no comes te enfermarás, lo mismo que tu padre; si no comes no podrás seguir adelante; si no comes morirás.”

No, Violette Leduc no murió. Quizá de lo único de lo que su madre no pudo nunca acusarla fue de su falta de permanencia. Estaba allí, presente siempre, ofreciendo el espectáculo de su debilidad, de sus frecuentes caídas en la enfermedad, en el sufrimiento, en el fracaso. No es una alumna brillante en la escuela, no es una feligresa ferviente, no acierta a hacer amigos. Basta que le pregunten por su padre para hacerla huir y refugiarse en el regazo de su abuela, que es la única que la acoge, sin palabras, sin reproches, sin más gestos que los que dicta la ternura.

Pero la abuela muere cuando Violette tiene nueve años y desde entonces ha de enfrentarse, ya sin intermediarios, con su madre, que trata de convertir a la niña en una amiga íntima, y no logra más que volverla “el receptáculo de su dolor, su furia, su amargura”. Después de haber traspasado a otro lo que pesaba en su corazón, su madre se siente libre para amar de nuevo —ahora con más prudencia—, para casarse.

Porque la bastarda es un estorbo en la casa, porque el padrastro estaría más a sus anchas a solas, porque se espera el nacimiento de un niño legítimo es aconsejable que Violette se ausente del hogar. Claro que las razones que se dicen son otras. Se ha descuidado su educación y no sería capaz de escribir una carta sin errores de ortografía, lo que para su madre sería el colmo de la preparación académica. Pero lo que su madre ignora es que Violette ha descubierto los libros y ha leído a Romain, a Duhamel, a Gide y es con sus personajes con los que dialoga, es en ellos en quienes confía, son quienes la acompañan.

En el internado se le agudiza la vergüenza de sí misma. No puede entender nada, recordar nada, obtener una buena calificación. No se atrevía aún

a negar la existencia de Dios, pero ya no era capaz de encontrar un sitio adecuado en el universo para colocarla.

En cambio, el sitio de ella, el de Violette, está marcado con absoluta claridad y no puede ni disimularlo ni cambiarlo. Le queda un recurso: estar y no estar en él, de la misma manera que las estatuas.

Mas he aquí que la estatua se anima, se humaniza, sufre con el contacto de otros seres humanos. Isabelle le revela su sensualidad y le hace sospechar las torturas del amor.

Pero es Hermine (no una condiscípula, una maestra suya) la que ha de padecer esas torturas, la que ha de sacrificarse por Violette. Cuando las relaciones de ambas se descubren, Hermine es despedida de su puesto y tiene que aceptar un trabajo de muy inferior categoría y mucho peor remunerado, en un pequeño pueblo de la provincia. Y, además, la separación, que para Hermine es nostalgia que no se olvida ni con el trabajo, que no se apacigua ni con las cartas, que cada día crece y se vuelve más apremiante. Y que para Violette es principio del olvido, preludio de la traición con otro, con otros, pereza para contestar las cartas.

En el prólogo a *La bêtarde* de Violette Leduc, Simone de Beauvoir señala que el infortunio de la autora es el de no haber experimentado nunca una relación recíproca con nadie; unas veces el otro es un objeto para ella o es ella la que se convierte en el objeto del otro. "Su impotencia para comunicarse es evidente en el diálogo que escribe; la gente habla en líneas que se prolongan paralelamente sin encontrarse nunca; el lenguaje de cada uno es incomprensible para los demás."

Violette, sádica, impone a Hermine duras servidumbres: la de que le entregue todo su tiempo, toda su atención, todo su dinero. La de que piense únicamente en complacerla y no retroceda aun ante las aberraciones. La de que la adorne con la ropa más cara y Violette enamore a quienes la contemplan. La de que no duerma como homenaje al insomnio de la otra. Violette, masoquista, suplica a Hermine que no la abandone; está dispuesta a compartirla con otra, con quien sea. Con una especie de furia se despoja de sus galas y se exhibe, miserable y fea. Lloro, se humilla. En vano. Hermine, cuando escucha sus quejas, no piensa sino en quien la ha sustituido.

Gabriel, con quien se casa, es alternativamente el esclavo y el amo, y este juego exaspera a Violette hasta la tentativa de suicidio, que nunca se consuma porque su odio, su desesperación son tan intensos que no le permiten morir.



Sobrevive a cada separación y vuelta en sí, lúcida de nuevo, trabaja. Como correctora de pruebas en una editorial en la que luego le encargan hacer reseñas de libros. Sus primeras páginas son torpes, pesadas. Pero Violette insiste; está haciendo su adiestramiento. Está conociendo de cerca, desde dentro, la escritura y los escritores.

¡Qué liberación! ¡Qué éxtasis! “Entender, el verbo más generoso del idioma. Memoria, un géiser de felicidad. Inteligencia. La agonizante pobreza de mi mente. Palabras e ideas moviéndose sin cesar, como mariposas.”

Cuando aparece Maurice Sachs, aureoleado por la fama, ungido por el éxito (y, por otra parte, “un homosexual, un pasaporte para lo imposible”), Violette Leduc está madura para aceptar tareas de mayor envergadura: reportajes, textos para revistas de gran circulación, publicidad escondida tras la anécdota de un cuento.

En sus inicios esta actividad es un enorme grito de exultación: “¡Escribiré, abriré mis brazos, sacudiré los árboles frutales para llenar mis páginas!” Después reflexiona: escribir es dar una forma a la experiencia, un ritmo a la temporalidad, un orden al caos, una interpretación a lo abstruso. Escribir es transformar lo azaroso en legítimo, lo gratuito en necesario. Escribir es nacer de nuevo en un mundo inocente, traspasado de belleza, “donde amor no es congoja”.

## “Bellas damas sin piedad”

EL PRIMER crimen que se consigna en la tradición judeocristiana de la cual somos herederos es la muerte de Abel a manos de Caín. Los móviles son oscuros o, al menos, no excesivamente convincentes, aunque su esclarecimiento no presenta mayores problemas.

Los sospechosos, como usted recuerda, se reducían a tres: Adán, Eva y el propio Caín. Las ocasiones y los medios señalaban únicamente a este último y, como si esto no fuera suficiente, hubo un testigo presencial: el ojo de la Divina Providencia que, desde el instante de la consumación del homicidio, no cesó de perseguir al homicida.

De entonces para acá el género ha evolucionado, se ha convertido en un objeto de entretenimiento, en un juego de inteligencia, de astucia, de sorpresas. Y, sobre todo, ha alcanzado un auge —no sólo en número sino también en calidad— que no cesa de aumentar con los años.

Los historiadores de la literatura señalan como piedra angular de este edificio, que ahora se nos antoja enorme, un cuento de Edgar Allan Poe: “La carta robada”. A partir de él se han urdido millares de tramas, se han imaginado los conflictos más sutiles, las motivaciones más delicadas, se han inventado las técnicas más complejas para ejecutar una acción.

Con ese material se ha creado un género —el policiaco— que bien puede enorgullecerse de contar con algunas obras maestras, con algunos autores insignes y, desde luego, con una vastísima popularidad.

Es un género, se comenta, frecuentado (con varia fortuna pero con regularidad) por mujeres. Freud explicaría este fenómeno como un proceso de sublimación gracias al cual los instintos delictivos y antisociales, las frustraciones de una existencia más bien pasiva y estigmatizada por la impotencia, se transforman en ficciones y se liberan en imágenes.

Los misóginos afirmarán que, siendo el policiaco un género menor,

naturalmente que las mujeres no temen aproximarse a él porque una aspiración más alta desembocaría en el fracaso.

¿Qué más da? El hecho es que en la nómina de escritores policíacos abundan los nombres femeninos. Sería demasiado obvio —y sin embargo, es indispensable— citar a Agatha Christie, quien, según uno de sus comentaristas, es la mujer que más se ha beneficiado con el crimen desde los tiempos de Lucrecia Borgia.

Agatha Christie supo adivinar, bajo la placidez de las pequeñas aldeas inglesas, las ambiciones ocultas, los rencores soterrados, los esqueletos escondidos en los armarios de esas residencias campestres que son la respetabilidad petrificada, la solidez desafiando el embate de los siglos.

Agatha Christie no se dejó engañar por las apariencias de la modesta ama de casa que usaba este disfraz para proteger a la experta envenenadora; ni de la solterona, a la que se le agotaba la paciencia aguardando el legado del pariente rico; ni del *pukka sahib* que usurpaba el título y la fortuna de su víctima desaparecida en las vastas regiones de la India.

Agatha Christie, que supo ver, en los triángulos amorosos, dónde estaba el vértice del odio, el de la codicia, el de la debilidad.

Agatha Christie, que concibió el crimen y el criminal no como sucesos extraordinarios que sólo ocurren a seres señalados por un privilegio nefasto sino como acontecimientos nimios, cotidianos, al alcance del más insignificante despachador de una farmacia, de la más obtusa sirvienta, del jardinero que no sabe más que podar arbustos y trasplantar rosales.

Agatha Christie, que vuelve al asesinato un animal doméstico tan familiar como los gatos y los perros; que hace del crimen uno de los ingredientes de la receta secular del *pudding* de Navidad que va a servirse en el banquete que la familia celebra año con año... y del que será eliminado uno de sus miembros.

¿Por qué? ¿Por quién? ¿Cómo? El encargado de las respuestas es Hércules Poirot, el pequeño detective de origen belga que no acaba nunca de adaptarse a las excentricidades británicas —especialmente en lo que se refiere al clima— y que se retuerce el bigote, que es su orgullo, y entrecierra los párpados mientras funcionan sus células grises y va, mentalmente, atando cabos; recordando fragmentos de conversaciones, gestos entrevistos furtivamente, silencios repentinos, desapariciones oportunas. Y que, al final, convoca a una asamblea plenaria a los protagonistas y reconstruye los hechos no como *parecieron* sino como *fueron* y desenmascara al culpable, y colorín colorado.

¡Qué diferencia con lord Peter Wimsey, aristócrata, buen catador de vinos, a quien Scotland Yard recurre cuando se encuentra en apuros y que no vacila en mezclarse con la gente del hampa, en disfrazarse, en frecuentar agencias de publicidad, tiendas de modas, clubes exclusivos de banqueros o de gángsters con la misma desenvoltura de un pícaro español! Sólo que a lord Peter no lo animan propósitos de lucro personal sino anhelos de investigar y esclarecer el misterio que rodea un acto delictuoso. Misterio que Dorothy L. Sayers plantea y desarrolla a la manera barroca por la acumulación y contraposición de incidentes, asunto que absorbe su atención de tal modo que descuida matizar, caracterizar, proporcionar un ámbito de interioridad a sus personajes, que resultan así esquemáticos y estereotipados. Pero el lector apenas si advierte este detalle (o esta falta de detalle), seducido por el vértigo y la velocidad de la acción.

Pero si en Agatha Christie se llega al crimen empujado por las pasiones y en Dorothy L. Sayers por el ansia de aventura y de peligro, en Patricia Highsmith el crimen es sólo el resultado de una larga especulación intelectual. Aquí el tránsito entre el proyecto y la ejecución es el núcleo del relato. Vemos cómo la idea surge en el cerebro de quien va a llevarla al cabo; cómo es contemplada a la luz de diferentes criterios —todos ellos pragmáticos, ninguno de orden moral—, cómo va adquiriendo nitidez y precisión gracias al acopio de datos y cómo, al fin, cristaliza en un proyecto impecable y que sería infalible si no existiera en el mundo ese elemento perturbador que se llama azar.

Y observamos aquí la primera diferencia fundamental de la actitud de Highsmith en relación con sus antecesores. Aquella usaba todo el repertorio de los mecanismos lógicos para llegar a una conclusión que es, invariablemente, el esplendor de la inocencia y la majestad de la justicia. Pero en las novelas de Patricia Highsmith el azar no tiene las funciones de némesis sino que recae, con la misma ciega indiferencia, sobre unos y otros. Y no hay ninguna razón valedera como para que el criminal no burle a sus perseguidores y logre, a fin de cuentas, gozar de los beneficios de su crimen sin el menor remordimiento de conciencia, porque la conciencia de las criaturas de Patricia Highsmith no admite como huéspedes las nociones del bien y del mal, nociones inoperantes, ambiguas, intercambiables en el terreno de la experiencia, que es el que pisamos, y en el campo de los hechos, que es en el que nos movemos.

Y en cuanto a la justicia, no repitamos los lugares comunes de nuestros antepasados decimonónicos sino admitamos que es una abstracción de la cual no tenemos ninguna evidencia en cuanto a que encarne en ninguna de las instituciones con las que comúnmente se le asocia: el aparato judicial o la policía.

Al contrario. La familiaridad que llegan a adquirir los jueces y los investigadores en su trato con quienes violan la ley los hace a ambos muy semejantes, y de antagonistas bien pueden convertirse en cómplices. Para distinguirlos se necesitaría una especie de mirada sobrenatural porque sus procedimientos y sus actitudes y sus propósitos son los mismos. Lo único que podría diferenciarlos son las finalidades que persiguen... pero la rutina llega a conseguir que las olviden. ¿Qué finalidad alcanza el detective cuando arresta al sospechoso o el juez cuando dicta una sentencia? ¿Qué finalidad alcanza el estrangulador cuando ultima al estrangulado? Todos erigen el acto como lo que se agota en sí mismo, lo que no trasciende a otros niveles, lo que es su propia culminación y su recompensa.

De Patricia Highsmith ha dicho un crítico “que escribe sobre los hombres como una araña escribiría sobre las moscas”. Lo cual es falso porque la araña está animada por un apetito destructor y a la autora no le interesa más que describir, con la mayor objetividad y distancia posibles, los fenómenos de un universo regido por fuerzas arbitrarias y contradictorias que sobrepasan en magnitud y en ímpetu mucho más de lo que el corazón humano es capaz de albergar o de lo que la inteligencia del hombre es capaz de comprender.

## VIRGINIA WOOLF y el “vicio impune”

LA RELACIÓN entre el lector y el libro es una relación personal y presenta las diversas modalidades que se establecen cuando se ponen en contacto dos órbitas de inteligencia, de sensibilidad, de apetitos, de necesidades, de interés.

El erudito se acerca al libro para obtener datos que amplíen sus conocimientos, que sustenten y comprueben sus hipótesis, que descalifiquen las hipótesis de sus antagonistas, que hagan palidecer de envidia a sus colegas, que deslumbren a su auditorio, que le permitan aspirar al ascenso académico, lanzarse a la conquista de la fama, comprometer el juicio favorable de la posteridad.

Si el erudito es ávido y devastador en sus lecturas y su paso no deja sobre la página letra sobre letra, el crítico toma su objeto con pinzas para guardar la distancia y evitar la contaminación. Exige garantías, actas de nacimiento (¿buena familia?, ¿limpio abolengo? ¿hijo adulterino o natural?), certificados de inmunidad contra las endemias o las epidemias, diplomas de aprovechamiento, cartas de recomendación.

Una vez cumplidos tales requisitos el crítico sabe ya si vale la pena o no dedicar su atención profesional a una obra. Y cuando lo hace y durante todo el tiempo que consume el proceso de leer, está demasiado preocupado por encontrar la frase lapidaria en que cristalizará su opinión, el adjetivo insustituible, la alusión oportuna, la elusión discreta como para abandonarse al libre disfrute de las imágenes y de los conceptos que tiene frente a sí, como para además reconocer que el libro existe de manera autónoma y con una plenitud que acaba por escapar a los instrumentos de captación del consumidor.

Hay quienes leen los libros para no sentirse menos que los entendidos; o para entretener el tedio de la estancia en la sala de espera de un ministerio; o para olvidar los agobios de los acreedores, las inminencias de la bomba atómica, la polución atmosférica, los desprecios de un(a) ingrato(a). Pero hay,

además del esnob y del que busca “las rutas de su evasión”, una especie de lectores —quizá la más rara, si nos atenemos a la paradoja cartesiana que afirmaba que el sentido común es el menos común de los sentidos— y es a la que el doctor Johnson se regocijaba en pertenecer: la especie del “lector común, no corrompida por los prejuicios literarios ni por las sutilezas ni los dogmatismos del aprendizaje y que por ello resulta merecedora de los más altos honores poéticos”.

Ingenuo, el “lector común” no busca más que su propio placer; se deja guiar por el instinto y se comporta, frente al libro, con la apertura maravillada de quien se dispone a recibir una revelación; con el respeto del huésped en la casa ajena; con la curiosidad del niño cuando tiene a su merced a un adulto; con la insistencia apasionada y aun con la importuna devoción de una adolescencia; con la libertad que conquista y abandona, que escoge, que guarda, que olvida. ¿Por qué no? Lo único a lo que el lector común aspira cuando lee es lo que declaraba Montaigne: a vivir entre los que viven.

En esta línea se coloca Virginia Woolf, y su intuición es tan certera que discierne lo que goza de prestigio con lo que es realmente importante. Así, no vacila en posponer el drama isabelino para rescatar del polvo de las bibliotecas y del olvido de las generaciones “the lives of the obscure”. Esos diarios decimonónicos en los que un tal Mr. Taylor recoge acontecimientos nimios de un pequeño villorrio en el que los personajes son el párroco, las parejas de casados tan institucionales que no se afanan ya más que por dar el buen ejemplo a los solteros empedernidos cuya indecisión mantiene en vilo a las jóvenes “en edad de merecer”.

Esas memorias de Richard Lovell Edgeworth, inventor anacrónico de unos aparatos para trepar las paredes y otras extravagancias, hombre cuya sangre corría por sus venas con una velocidad veinte veces mayor que la normal, lo que lo dotaba de una energía que le permitió enviudar cuatro veces.

Esos testimonios de Laetitia Pilkington, que reúne dos atributos que le confieren cierta originalidad: el de haber sido amiga de Swift y haberlo admirado a tal punto que no encontraba inverosímiles sus delirios y el haber intentado, en pleno siglo XVIII, ganarse la vida escribiendo, puesto que había descendido de la nobleza al más extremo desamparo y puesto que es capaz de consignar desde allí, con un vehemente rencor, las flaquezas de los grandes, el relajamiento de las costumbres, las injusticias que han de repararse en este y en el otro mundo.

Esa figura de miss Ormerod, quien muere con el nacimiento de nuestra centuria, y que reclama para sí la gloria de haber introducido a Inglaterra una especie de pájaro y haber desterrado los prejuicios del vulgo acerca del gorrión.

En otro anaquel habría que situar a Margaret Cavendish, duquesa de Newcastle, de cuya obra innumerable (poesía, drama, tratado filosófico, varia invención) acaso no sobreviva más que esta frase: “Las mujeres viven como murciélagos, trabajan como bestias y mueren como gusanos”.

Y Jane Austen. Pero no esa estatua petrificada por la fama sino la muchacha a la que vieron sus contemporáneos como lo que era: “La más bonita, la más tonta, la más afectada mariposa cazamaridos que sea dable recordar”.

Y George Elliot atreviéndose a viajar a Weimar con George Henry Lewis, con quien no la unía ningún lazo legítimo.

Y Emily Brontë, cuyos dones poéticos sobrepasaron su comprensión y su resistencia vital.

Si Virginia Woolf las evoca no es por mera simpatía, no es para comparar soledades, rechazos, burlas, escándalos; es, fundamentalmente, por sentido de la tradición y porque si le es preciso conocerse y situarse en tanto que escritora tiene que medir a quienes le antecedieron. Nadie es demasiado insignificante como para que no solicite la valoración. Hay que entender el pasado como una preparación del futuro. De los cuadernos de notas de ayer, de los esbozos de hoy es de donde van a surgir las obras maestras de mañana.

Tradición dice referencia a lo circunstancial: la historia, la sociedad y aun la biología. El creador conoce estos límites y trabaja teniéndolos en cuenta, pero tratando siempre de superarlos. Para lograr esta hazaña es necesario “escoger con prudencia el modelo”.

El modelo puede ser un contemporáneo de la misma lengua, y en su primera serie de ensayos literarios —que agrupa bajo el título que es ya una toma de posición de *The Common Reader*— Virginia Woolf muestra aprecio o su interés por Joseph Conrad, por D. H. Lawrence, por Walter de La Mare, y publica la opinión privada que sobre Joyce había escrito antes en su *Diario*: “*Ulysses* es una catástrofe memorable, inmensa en su osadía, terrible en su desastre”.

El modelo puede ser alguien de la misma lengua pero de diferente época: Chaucer, Defoe, Addison.



El modelo puede ser alguien de otra lengua, de otra época, pero esta diferencia no significa ninguna distancia insalvable; sólo otro ángulo para la percepción de los fenómenos, sólo otras instancias para su interpretación. Tal es el caso, para un inglés, de un francés, por ejemplo, y más concretamente para Virginia Woolf de Montaigne, de quien aprende la fluidez del trazo, la variabilidad de los estados de ánimo, la delicadeza de los matices.

El modelo puede ser alguien de otra lengua, de otra época, de otro mundo. Como los rusos, entre quienes está “el más grande novelista”: Tolstoi, a quien Virginia lee en sus textos originales para no perder un ápice “de su asombrosa claridad y de su absoluta agudeza”.

Con los griegos, sin embargo, no basta dominar el idioma. Se escapa lo imponderable: la poesía y la gracia. Para conmovirse entrañablemente con los versos de Esquilo hay que arriesgarse a saltar en un vacío en el que no existe el apoyo de las palabras. Y para reír con Homero hay que hacer antes una pausa reflexiva y esa pausa es fatal para el humor que no es más que la exigencia de una respuesta inmediata del cuerpo.

Porque la lección helénica es, para Virginia Woolf, lectora común, que “la verdad ha de perseguirse con todas nuestras facultades. ¿Hemos de renunciar a las diversiones, a las ternuras, a las frivolidades de la amistad porque amamos lo verdadero? ¿Encontraremos la verdad más pronto porque cerramos nuestros oídos a la música y no bebemos vino y dormimos en vez de dialogar en las largas veladas de invierno?”

No. La verdad no es el premio al renunciamiento sino corona de la abundancia. Y está derramada sobre todas las cosas. Pero se recoge y se atesora en los libros, en donde resplandece de su propia luz para los ojos del que lee.